

# AMERICA

Núm. 14



Valor \$ 0.50

# AMERICA

Contenido del N° 14

## PROSAS

Julio Endara: *Isaac J. Barrera*.—César Carrera Andrade: *Aspectos de Bolívar*.—Augusto Arias: *La Gloria de Montalvo*.—Leonardo Visconti: *La Génesis del Arte y sus Rumbos Futuros*.—Guillermo Bustamante: *La Espera Amorosa*.—Hernán Pallares Zaldumbide: *Lámparas de Ilusión, por Don José Austria*.—José Austria: *Lámparas de Ilusión*.—Manuel Crespo O.: *Camilo Egas, Pintor de la Raza India*.—Alfredo Martínez: *Epifanía de la Luz*.—S. José M. Leoro: *De la Vida*.—Jorge Luis Pérez: *Bibliografía*.

## POESIAS

Rogelio Sotela: *Transición, La Recompensa, Ya verás, ya verás!*—M. Moreno Mora: *Elegía*.—Alcides Spelucín: *El Mito Cotidiano*.—José Ignacio Vargas Vila: *Don José Austria*.—Palemón Estilita: *Salomé*.—Miguel Angel León: *Antifonas de Triunfo, Elegía*.—Omar Khayyam: *El Rubaiyat*.

## LA BOTICA "UNIVERSAL"

**BUJIAS CALOMEX**  
**TUBITOS DE PREVENCIÓN**  
LO QUE EL DOCTOR VE



**SPIROCHETA PALLIDA**

**CALOMEX**  
BUIJIA PRECIPITADA

ESTE TUBITO DE FÁCIL MANEJO  
LO HUBIESE PREVENIDO.

Recomendado por una mayoría de los médicos militares para el ejército. El sentido común se lo exige a Ud. Prevengase y evítase el sufrimiento de moléstias tan comunes en los hombres.

DE VENTA EN LAS FARMACIAS PRINCIPALES

está atendida personalmente por sus dueños que son farmacéuticos.

Es la más acreditada de la capital porque vende drogas puras, frescas y legítimas. Visítela Ud.

Se halla situada en la Carrera Guayaquil, plaza del Teatro Sucre.

Casilla de Correos Núm. 13

TELEFONO 6-9-5



# KOLYNS

# AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA  
de Literatura, Artes y Ciencias

Dirección:

Alfredo Martínez  
Guillermo Bustamante  
Hernán Pallares Zaldumbide

Director Artístico:  
Nicolás Delgado

Administrador:  
Ezequiel Abad Guerra



ISAAC J. BARRERA

*Hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del hemisferio de Colón.*

S. Bolívar

# AMERICA

*Los hombres no serán felices sino cuando se tengan todos por hermanos.*

J. Montalvo

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA  
DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

Año 11

Quito—Ecuador, Diciembre de 1926

Nº 14

## ISAAC J. BARRERA

CUANDO se trata de exaltar los valores intelectuales de indiscutible firmeza, es menester el don de la oportunidad. De otro modo, el relieve de sus obras, los caracteres de su personalidad, la orientación de sus ideas no consiguen estimular el trabajo de aquellos que tienen aptitud para las disciplinas intelectuales, o de los que cultivándolas, se van por los senderos fáciles, por las vías de menor resistencia.

LA hora actual no es de las mejores para este género de actividades. No vemos en el campo de las letras casi ningún esfuerzo serio, desinteresado. Empeñados como se hallan casi todos en la lucha política, en una lucha baja y ridícula, en la que los que están abajo se contentan con insultar a los que están arriba, censurándolos por todos sus actos, y sin acordarse de todos sus fracasos, ineptitudes y desvergüenzas, más allá de comprobadas cuando ellos estaban ocupando cargos de alguna importancia; en esta hora en que no se puede discutir con serenidad, porque casi todos los que gritan son almas oscuras, impotentes y envenenadas por el recuerdo de sus vidas equívocas, la exaltación de la personalidad intelectual de Isaac J. Barrera es oportuna, porque servirá de estímulo a los jóvenes que se encuentran empeñados por conquistarse un lugar en las letras nacionales.

BARRERA es el crítico ampliamente comprensivo de hombres, ideas y libros; historiógrafo ameno, cultor de la honradez, la precisión y la elegancia; amante apasionado de nuestra nacionalidad, que a través de su fino sentido estético, la cultiva a través del estudio de las figuras más altas de nuestra historia, de aquellas que representaron un progreso o por lo menos una anticipación, un impulso generatriz, en nuestra cultura. Allí están sus varios estudios: "Rocafuerte", "Quito Colonial", "Apuntes de Literatura Ecuatoriana", etc., cuya lectura nos proporciona siempre interpretaciones y puntos de vista originales, en un estilo tan límpido, que, de no ser por la profundidad con que aborda el tema, nos veríamos tentados de tomarlo como un estilista. En sus páginas hay demasiado jugo, hay mucho calor de pensamiento, hay temblores sentimentales,

hay, sobre todo, un constante y sereno dominio. Y todo ello nos recuerda que estamos ante un artista, es decir, ante un hombre que ha visto su vida a través de una norma de comprensión, o más bien, de su aptitud para la belleza. Entre las líneas de sus escritos se desliza un ligero agridulce—breve ironía—característica de quienes, al impulsar el vuelo de sus ideas, saben al mismo tiempo conservarse en contacto con la realidad. Escéptico elegante, verdadero escéptico, sólo de tiempo en tiempo deja ver el torso de una ironía. Esta se esconde tras de la erudición sugestiva, que al contacto de su buen gusto legítimo, va presentándonos el recuerdo de las lecturas predilectas, de las apuntes hechas al margen de los textos que fustigan al pensamiento y ponen en tensión, para sacudirla, la personalidad afectiva del lector.

LAS líneas que preceden habrán indicado, aunque sea ligeramente, que Barrera, para cultivar su inteligencia, se ha sometido a una férrea disciplina de cultura. No ha sido de aquellos que, sintiéndose espontáneos, cantan, aumentando la algarabía de nuestra literatura tropical. Dotado de aptitudes innatas, ha querido buscar en el estudio la manera de incorporarlas a una forma precisa y elegante y darlas solidez y duración. Por eso el ascenso ha sido lento y seguro. Cada nueva producción ha cristalizado un progreso, progreso de técnica unas veces, o ampliación de dominio mental. De allí que la crítica extranjera acoge su obra cada vez con mayor entusiasmo, en tanto que los dómicos eruditos y semicultos de nuestras tierras ni siquiera se dan cuenta del esfuerzo y del valor que los escritos de Barrera representan.—Merece especial mención.

HAY un aspecto de su labor digno de atención: Barrera fue el fundador de la revista LETRAS, que de nuestro ambiente literario representa una de sus mejores épocas. Esa publicación despertó muchas vocaciones y fue un digno campo para aquellas que ya habían despertado. Puede decirse que en ella se publicaron los mejores trabajos de los escritores de nuestros días. Barrera, con sin igual tesón, sostuvo por algunos años las columnas de su revista haciendo un positivo valor a nuestras letras, que entonces estaban orientadas desinteresadamente hacia un ideal de belleza. Justo es que todavía, en el exterior, resuene el eco de LETRAS, mantenga la tradición de una literatura ecuatoriana, fuerte y moderna.

CON ser tan varia y notable la labor de Barrera, podemos estar seguros de que su obra futura la superará. No en vano está en plena juventud, y ama el trabajo con viril energía. Lo repetimos, su obra ponderada, sustanciosa y honrada puede servir de estímulo y ejemplo en esta hora de indecisiones y claudicaciones.

**Julio Endara**

*Quito—1926*



## Aspectos de Bolívar

Al brillante escritor venezolano  
Don José Austria

**H**AY hombres que por su original energía, el impulso de su genio, la soberbia espontaneidad de su espíritu múltiple llenan ciclos de historia, ocupan el espacio reservado a muchas generaciones. Son como esos fenómenos celestes que repiten su aparición al andar de los años. De esta minoría selecta e imperatoria es Bolívar. Posee el ardor democrático de Alcibíades, el fanatismo tutelar de Cronwell, la unción idealista de Washington, el fervor tribunicio de Daton, la serenidad rectilínea de Bismarck, la arquitectura moral de Napoleón.

Bolívar mozo es un dechado de clásica perfección. De pie en la soledad imperturbable del Aventino se dicta el César personificado que quisiese resucitar con la virtud de su juramento la Roma patricia de los mármoles eternos. Luego, en Caracas, cuando el horror del terremoto que destruye la ciudad magnífica, yergue Bolívar su imponente figura de héroe legendario e intenta reprimir el furor de la naturaleza con un gesto detonante. Más tarde, su pasión violenta traducida en épico amor por la aventura le lleva a la cumbre misma del Chimborazo, al punto donde no llegara la ciencia de los Condamine y los Humbolt, y hunde su ardiente planta en el cráneo infernal del émulo andino. Otra vez, se enfrenta con la sublimidad del Tequendama. Su espíritu acoge el rumor de la cascada, el clamor del ventisquero; luego, se hincha de grandeza su pecho varonil y en un momento de supremo ímpetu



salta la corriente de las aguas vencidas y levanta el rostro imperturbable en medio del abismo.

Así es como en Bolívar se armonizan en un sentido de virtud suprema el temperamento clásico y la pasión romántica que actuarán en toda su vida: en el espanto de las batallas, en la placidez del retiro, en el escaño tribunicio del parlamento. Cuando dicta leyes para estos pueblos disgregados de América, inspirándose en la leyenda clásica, crea la aristocrática institución del Senado hereditario e irresponsable y esa especie de Areópago, depurador moral de la

República que al andar de los tiempos ha establecido definitivamente en estos países con el nombre de Consejo de Estado.

La ideología romántica de Bolívar iniciada en la lectura de los líricos ingleses y en el ejemplo libertario de la Revolución Francesa, llega a condensarse en una grande y única ilusión: La Asamblea de las Naciones. A la extorsión imperialista de Europa caracterizada por la Santa Alianza, núcleo aristocrático peligroso para el libre desenvolvimiento de estos pueblos indolatinos, opone el Libertador la Alianza de las Naciones libres de América, la anfictionía de Panamá, nueva Corinto de la gloria clásica.

En Bolívar existe también el tipo revolucionario que nos describiera Young en sus inmortales páginas. Amante de las libertades británicas, por disposición especial de su temperamento, toma aquellas como modelos puros al formular la Constitución de Colombia. Y es que en su alma atormentada de caballero sin tacha luchaban, por un lado, el cariñoso fervor, la ilimitada admiración a las fuerzas políticas inglesas—bello profesorado de civismo— y por otro, la incapacidad de estas democracias criollas que llevaban en su corazón dolorosa tara de esclavitud y que hallábanse, inopinadamente, con los ojos hacia la claridad de la civilización independiente. Eran dos ideales unisonos: el etnicismo español que hacía de América una hija llegada a mayor edad y la reivindicación de la sangre india cuya atávica venganza armaba empresas para la reconquista de los imperios precolombinos.

La vida de Bolívar es una eterna queja de su concepto puro de libertad chocando con la incapacidad de su pueblo. «No estábamos preparados para tanto bien—exclama al ocaso de su vida—; el bien, como el mal da la muerte cuando es súbito y excesivo. Nuestra constitución moral no tenía todavía la consistencia necesaria para recibir el beneficio de un gobierno representativo y tan sublime cuanto que podía ser adaptado a una

república de santos». De ahí que en toda su obra de fundador veremos el injerto maravilloso de principios del Antiguo Régimen y la virtud doctrinaria del Ideal Nuevo.

Gabriel Alomar en brillante ensayo sobre la fisonomía moral del Libertador, llega a situarle entre la visión futurista de Rousseau y el profético atisbo de Saint-Simon o de los Falansterianos. Julio Mancini al estudiar la primera Constitución de Venezuela, escribe: «Tal era en sus lineamientos generales ese Código de 280 artículos en el que los sueños del *Contrato Social* y las lecciones del *Esíritu de las Leyes* se mezclaban a las doctrinas de los Estados Unidos de Norte América, llegando a consagrar, de un día para otro, la garantía de todas las libertades en favor de una población incapaz de asimilarlas sin aprendizaje y, con mayor motivo, de ponerlas en práctica».

Los países esclavos que Bolívar redimió con su inagotable genio encontráronse de pronto dueños de sí y como niños ciegos echaron a andar por la grave pendiente que les planteaban los siglos; pero no iban solos, la penetrante mirada de su Libertador les guiaba desde más allá de la tumba.

La epopeya de Bolívar está en su vida. Austera unas veces, turbulenta, otras; ejemplar, siempre. Clásico por temperamento, debió nacer en la época de Homero para adornar sus poemas con un nuevo heroísmo o surgir en la República Romana para que se destacase su singular figura junto a los Gracos y Catón, el Tribuno. Mas, para ventura de los pueblos de América, se mecía su cuna en un rincón risueño y prolífico en hombres tutelares. Por esto, en horas solemnes para la historia humana, el Continente Colombino levanta sobre el robusto pedestal de sus hombros arrogantes la figura de Bolívar, su Héroe Epónimo, creación de un Carlyle del futuro.

**César Carrera Andrade**

Quito—1925





## La Gloria de Montalvo

EN LA RUE CARDINET....

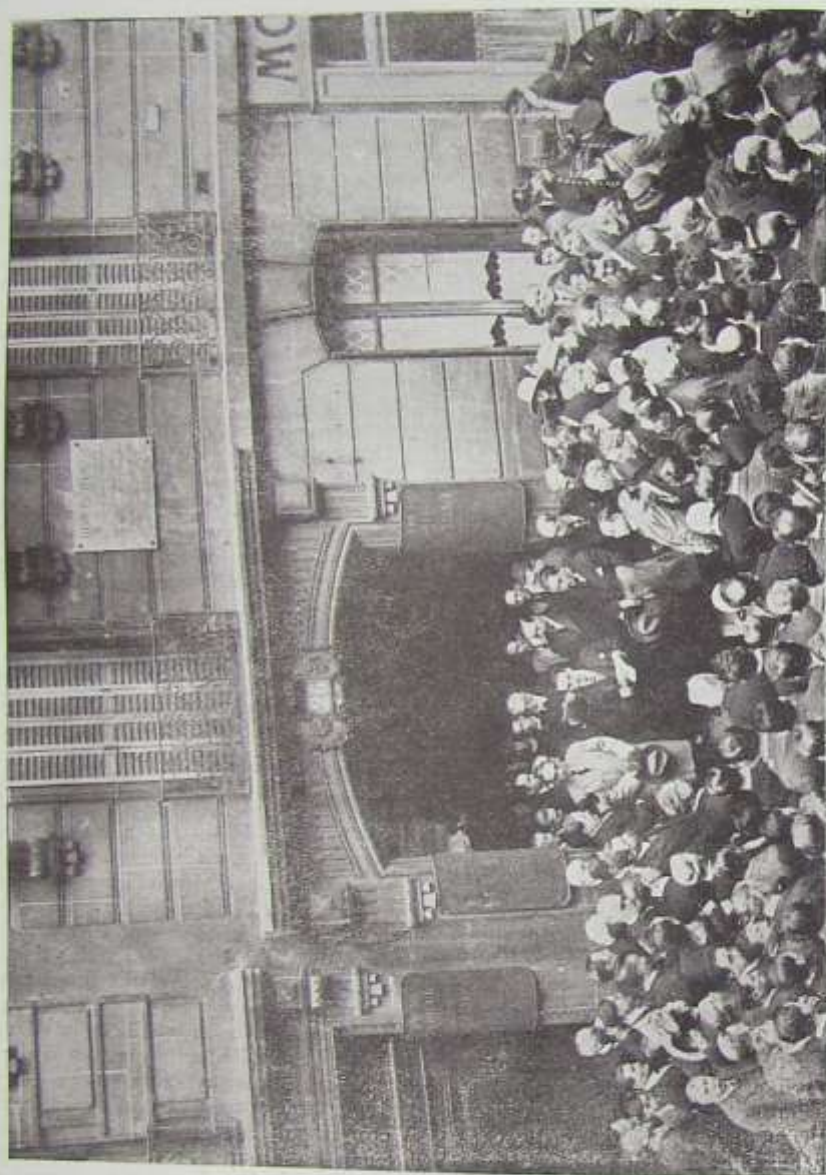
LA patria propia es avara de sus laureles. Los guarda con obstinación deliberada para concederlos a sus hijos ilustres cuando su obra resplandece en el albor de un centenario. Es madre severa que pausa la hora del premio y su le estudiar, en largo decurso, la verdad del mérito que ha de enaltecerle de seguro. Quizá teme malograr el fruto agraz vistiéndole con oros prematuros y aguarda la serenidad de su sazón para ponderar la excelencia de sus mieles. No es que tenga desconfianza de la frente noble en la que está brillando el fulgor del pensamiento. Es que en una tregua prudente quiere escuchar la voz de otras naciones, la opinión lejana que habrá de confirmar al hijo que está llamado a glorificarla. No admite que en su regazo se corone al probable triunfador en las justas del espíritu, pues él ha de llegar un día, encanecido y nostálgico, probando en senderos varios la eficacia de sus fuerzas para que el ágape familiar tenga la evidencia de una apoteosis o ha de volver, escalando la cordillera hostil, en recuerdo ya inasible, con la potencia del alma libertada, para que se le erija un busto en el rincón oscuro de un paseo, en donde le visitará la claridad del solar nativo, con sorpresa tardía y con veneración apaciguada.... Ese es el sol de los muertos.

Y no es que la patria propia se haya empuñado en desconocer a Don Juan Montalvo, pues lo advirtió de pronto, en su despertar febril e inquietador y hubo de reconocerle en su vuelo primerizo, dotado de las alas del genio. El autor de los SIETE TRATADOS sintió el rechazo de la tiranía que fustigaba, el disgusto del sistema falso que destruía con su verbo; en su torno se cernió la sombra inevitable que circunda a una luz muy viva y logró herirle, con golpes repetidos, aquel sentimiento de dolorido despecho que produce en el alma estéril de los demás la extraordinaria elevación de un ingenio superior. Dotado de una irrefrenable fuerza

combativa, el golpe de su panfleto audaz y hasta el juguetón escarceo de su frase arcaica, cuando ironizaba, le crearon enemistades, recelo, miedo. Pero la patria, el colectivo asentimiento de sus admiradores, acató desde el principio el gesto de su indudable ingenio, nacido para resucitar el primer clásico y su conciencia de buscador incansable del error y del crimen, para ejercer sobre ellos, desuadándoles con el poder de su dialéctica, una sanción ejemplarizadora, para la que estuvo como predestinado.

La patria le reconoció de pronto, pero su gloria, como todas las verdaderas, tuvo que aguardar la fundición reposada, el cincel taumatúrgico del juicio extraño que grabaría en el oro auténtico de la consagración, el relieve de su imperecedera figura, con el escorzo de su carácter de luchador incansable y la línea pura, graciosa, inolvidable, de sus facciones de escritor castellano, que nos recuerdan insistentemente los rostros de Don Miguel de Cervantes o de Don Francisco de Quevedo y Villegas.

Se le creía sólo un impenitente cleróforo, porque hubiera querido a todos los sacerdotes, como soñó al Cura de Santa Engracia, y un demoleedor de los sistemas de gobierno, porque su alma trazada con las líneas puras de una GEOMETRÍA MORAL, deliraba en una República de Platón, más humana desde luego, ahí donde se habían entronizado la tiranía o la dictadura. Más, su valor real empezó a descubrirse claramente, cuando voces autorizadas y ajenas le confirmaban grande, cuando la guirnalda de la adhesión universal ceñíase a su frente, atada por las manos de Lamartine, su viejo amigo, y se estremecía de gozo sobre sus sienes, cuando Víctor Hugo le estrechaba la diestra, descubriendo en él un «noble corazón». Más tarde, José Enrique Rodó, como resumiendo el juicio de los que supieron aquilatar su extraordinario valor, le eternizó en un ensayo que tiene parecido tan sólo en su mármoleo BOLÍVAR o en la pedrería sugestionadora y múltiple en que reflejó al poeta de PROSAS PROFANAS. Pero este es ya el óleo



Su Excelencia Genzalo Zaldumbide pronuncia su discurso el día de la apoteosis del Maestro en París, en la casa N.º 26 de la Rue Cardinet

póstumo e imborrable, el pasaporte para la inmortalidad que rubrica gentilmente el autor de MOTIVOS DE PROTEO...

Su Ambato, dolorida con la noticia de la muerte del Cosmopolita, se enlutó en señal de profunda angustia conmovida. La casa nativa no vería regresar en cuerpo al hijo que se expatrió voluntariamente. Más, su presencia de espíritu, sería como la de ninguno, soberbia y resplandeciente...

Manos ambateñas, reunieron en selección acertada y minuciosa, casi todo lo que la estimación extranjera dejó oír desde las columnas de sus mejores publicaciones, acerca de la obra de Don Juan y el homenaje rendido últimamente en París a su memoria, le eleva más si cabe, por la espontánea adhesión a su apoteosis de los valores del pensamiento hispano y latino que no deshojarán la llamada de Gonzalo Zaldumbide y se aprestaron a formar en Junio de 1925, un comité con el objeto de colocar una lápida conmemorativa en la Casa N° 26 de la Rue Cardinet, en donde se apagó la vida temporal de ese glorioso ambateño. Jean Richepin, Miembro de la Academia Francesa; Don Miguel de Unamuno, antiguo Rector de la Universidad de Salamanca, autor de la VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO y ahora batería verbal que aventará las cenizas escandalosas de Primo de Rivera; el Marqués de Peralta, entrañable amigo de Montalvo y Decano del Cuerpo Diplomático de América en París; Ernesto Martinenche, Profesor de Castellano en la Sorbona, docto en literaturas hispanas; Mauricio de Walleffé, Secretario de la Asociación de la Prensa Latina, arteria que infunde la savia de la América a cien periódicos franceses; Francis de Miomandré, cariñoso y enfervorizado traductor de Montalvo, y Dupuy, Diputado de París, constituyeron el grupo de *élite* que debía levantar en sus hombros, sustentados por un gran corazón hispánico, la simbólica crátera en la que Don Juan avizora el porvenir de su amada tierra ecuatoriana, desde París en donde reposa en una eternidad bien merecida.

El acto fue de sencillez confirmadora. Se suspendió el tráfico por la Calle Cardinet, por quince minutos —no conceden más las ordenanzas— y el cuarto piso de la Casa N° 26 se estremeció de inmortalidad. Habló Gonzalo Zaldumbide, agradeciendo a sus colaboradores fervientes. A él, en verdad, le tocaba un resplandor, no por pequeño menos grato, de la claridad que envolvía en ese instante a la memoria de su compatriota. Con su magnífica voluntad de comprensivo

se ha empeñado en editar las obras de Montalvo. Su irreprochable sentido crítico le ha dictado hermosas páginas desde las que mira con su analizadora retina interior, la juventud del maestro. Suyo es el Prólogo de EL COSMOPOLITA en la edición parisina y la virtud de su talento, regresa, en visitas repetidas, a la casona del Ecuador, a la altiplanicie andina. ¿La prueba? Miradle sino como integra el corazón latino con esa fibra inexhausta y preciosa que es la eternidad de nuestro castellano, de Don Juan Montalvo.

Hablaron luego Don Miguel de Unamuno, que ha *encontrado* a Montalvo en sus Catilnarias, pues en el Veintimilla fastigado por el ecuatoriano halla el ex-Rector de la Universidad de Salamanca un enorme parecido con su Primo de Rivera a quien intenta devorar con una venganza de letrado; el Profesor de la Sorbona, Don Ernesto Martinenche, Director de la «Revue de l'Amérique Latine»; Mauricio de Walleffé en representación de la Prensa Latina y M. de Contenoat, Secretario del Concejo Municipal de París, al recibir la placa conmemorativa de la muerte del autor de los SIETE TRATADOS, en nombre de su gran Patria que «vigilará piadosamente su memoria como la de uno de los más insignes promotores de la cultura latina y occidental». El homenaje vibró en el centenar de diarios franceses y sus ecos han repercutido en nuestro país que «no es de los más grandes de América —al decir de Zaldumbide— pero que ha tenido a menudo el privilegio de producir hombres cuyo espíritu ha traspasado las fronteras».

Este homenaje digno del Maestro y cuya excelencia no cabe ponderar ya, ha sido recogido por el grupo quiteño de «Amigos de Montalvo», cuyos miembros quieren vivir «en el puro amor de la belleza y en plenitud de espíritu» y a los que encomendó el I. Concejo Municipal de Ambato, que siempre ha dado elocuentes muestras de fervor por honrar la memoria de sus hombres notables, la edición de un libro contensivo de la crónica de esa fiesta póstuma, los breves discursos que se pronunciaron con tal ocasión y los comentarios de la prensa, honrosísimos para la memoria clara de Don Juan. Los «Amigos de Montalvo» han creído oportuno reproducir también un fragmento del magnífico ensayo de Rodó sobre el que fue ilustre huésped de Lutecia y el Prólogo que para la última edición de las CATILNARIAS acaba de escribir Don Miguel de Unamuno. Sólo que en esas páginas del brillante español, se descubre a poco trecho de su lectura, el es-

caso o ningún interés que le merece el Montalvo estilista tan admirado por el autor de *ARIEL*, que le concederé como clásico e inimitable resucitador de arcaísmos, una importancia definitiva. Parece que Unamuno, en su obsesión de ahora, se olvida de que en Montalvo, el primor de la frase que le da derecho a un elevado sitio de las áureas letras castellanas, está muy por encima del acabado ímpetu con que pulverizó a un tirano. La pasión de Unamuno halla un eco simpatizante con la del Montalvo de las Capitalinarias. «Aquí voy a hablar tanto de Montalvo como de mí. Es que me he encontrado», dice el prologoista. «Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico; iba buscando los insultos tajantes y sangrantes», añade. . . . Pasión de su tiranuelo español que se le ha incrustado tan fuertemente al ilustre viejo que le impide contemplar la belleza propia que es el alma de la obra del ecuatoriano.

«La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas», dice José Enrique Rodó y su testimonio que es inapelable, está corroborando en cierta forma el mismo Unamuno en las últimas líneas de su Prólogo, cuando exclama que «España tendrá que reconquistarse desde América y en ese día el nombre de Don Juan Montalvo, el nombre del desterrado que duerme, ¿sueña?, arropado en tierra francesa, será una enseña, será una empresa y habrá que trasladarle a España, a la España que tanto quiso, y allí, en la España reconquistada, sepultar sus restos en huesa española. . . .»

En la Casa N° 26 de la Rue Cardinet, cuando el 29 de Junio de 1925, en conmemoración de la muerte de Montalvo, se colocaba una lápida acogida fervorosamente por el pueblo francés, debió surgir, de los meandros del recuerdo, una escena lejana, desteñida en el tiempo. . . . Era el 17 de Enero de 1889. París llevaba el niveo manto del Invierno y Don Juan se vestía de etiqueta para recibir la visita de la Muerte. La visión habitual de su añorado solar de jardines, su instinto poético bañado de aroma selvático en los días de su juventud, no le dejaban prescindir de las flores que adornarían su cadáver. Las mandó a traer. Por cinco francos sólo pudieron conseguirse cuatro claveles y mientras ellos daban su aroma levísimo, abandonó la arcilla mortal, con serenidad de estoico, en tanto que el alma se elevaba, gloriosa.

El que en los días finales, ya con el veneno de la muerte en sus arterias, «sintió que se le concentraba la vida en el cerebro y que podría escribir una elegía», en el instante de agonizar, debió acudir imaginativamente a su Ficoa materialmente inalcanzable y él, que pidió para entonces la inefable presencia de las flores, debió pensar en su inquietud de viajero sin retorno corporal, con patética imagen, en los cármes de Ambato que se abrían en eclosión de rosas magníficas en su lontana provincia, mientras en París — la tierra acogedora de su exilio — en la hora última, se congelaba el Sena. . . . .

Augusto Arias R.

Quito—1926

**NOTA.**—Este artículo pertenece al libro *EN ELOGIO DE AMBATO* que acaba de publicar el reputado literato Don Augusto Arias.

En nuestra edición próxima publicaremos algunas opiniones de uno de nuestros colaboradores distinguidos sobre su libro. Hasta tanto, reciba el joven apolonida nuestras más efusivas felicitaciones por el lauro conseguido con su breviario de crónicas exquisitas y meditaciones claras y profundas, que han sido ofrendadas al solar de sus padres: la noble Ambato, como un haz de flores espirituales en cuyos pétalos irradian, cual rocío, los regios diamantes de su espíritu entusiasta y noble.





El ilustre ex-cate-drático de Zalarnanca,  
Don Miguel de Unamuno, honra la memoria del autor  
de SIETE TRATADOS

## Poemas de Rogelio Sotela

### TRANSICION

*Para la celta publicada  
de Quito, "América".*

Abren, yo no sé, tiembala de miedo  
el alma mía que vivió tranquila;  
quiero sentarme en paz y ya no puedo...  
Una sombra terrible me vigila!

Construyo un mundo dentro de mí mismo  
pero al mirar en mi interior encuentro  
que en mi propio interior surge un abismo  
y ya no siento que yo soy "el centro".

No es posible, Señor, ya no es posible!  
Aquella paz se fue... y en un segundo  
la vida se ha torcido, nunca horrible  
y veo sembrado de dolor el mundo!

Toco mi corazón, donde se plasma  
un extraño y siniestro desvarío,  
y de mi propio corazón, Dios mío,  
hoy, como si hubiera de un fantasma....

Febrero de 1926, su día de dolorosa experiencia,  
extraños en la paz de mi vida.

### LA RECOMPENSA

*Para Aurora Estrada  
y Ayala, noble espíritu  
de América.*

¡Cuánto bien que me ha hecho esta pena!  
Me ha traído como un despertar,  
pues había dejado el camino  
que conduce al ímprobo Ideal.

Complacido de toda locura,  
y sin rumbo, viviendo no más,  
olvidéme de toda nobleza,  
sin mirar, sin sufrir, sin pensar....

Lo que había de Dios en mí mismo  
adentro, en silencio, se puso a llorar;  
entonces la vida rompió los vendajes,  
encendió mi lámpara y me dió la paz.

El dolor se hizo flor entre mi pecho  
y en crisol divino se torció ese mal.  
Ya lo miro todo como de una cumbre,  
siento que ya vivo la inmortalidad!

## YA VERAS, YA VERAS!

FRUERA a vivir en ti más que en ninguna cosa,  
cierta los ojos torpes  
y abre tu alma armoniosa...  
Ya verás, ya verás!

CADA objeto que tocas, cada acción, cada hombre,  
piensa que eres tú mismo.  
Diferencia de nombre,  
nada más!

El mundo es uno; uno en ti, y en mí y en todo;  
cada cosa concurre con la otra de tal modo  
como los rojos glóbulos para tu corazón.  
Tú no eres más, amigo,  
que una palpitación!

DEJA hacer al Demiurgo  
su labor de conjunto;  
*su conjunto es la línea*  
tú eres, pues, un punto,  
un punto, nada más!

.....  
ABRE tu alma armoniosa en celeste quietismo  
y ya verás que el mundo se encontraba en ti mismo,  
ya verás, ya verás!....

San José, Costa Rica

## ELEGIA

A GONZALO ZALDUMBIDE

Oh bella transeunte, divina mensajera  
de amor y de ventura, que pasas, como un hacha  
sobre los blandos céspedes, fragante a primavera,  
acaso seas ELLA, la Unica, la Soñada,  
oh bella transeunte, divina mensajera.

¿A dónde vas, oh Dulce, melancólica y bella?  
Triste de ensueño acaso esperas al Amado,  
y en esta hora que amable me junta a ti mi estrella  
te pierdes sin saber que pasas a su lado.  
¿A dónde vas, oh Dulce, melancólica y bella?

Hacia la luna pálida, bajo cielos serenos,  
llorarás en el lecho lágrimas ardorosas,  
conmovida de anhelos que estremecen tus senos,  
sobre tu carne triste, abierta en vano en rosas,  
hacia la luna pálida, bajo cielos serenos.

Acaso vuelvas virgen al seno de la tierra.  
Marchitará la muerte los vivos esplendores  
de las rosas que tu alba, celeste carne encierra,  
para el amor nacida y muerta sin amores.  
Acaso vuelvas virgen al seno de la tierra.

¿Quién eres, di, qué buscas, oh belleza que asombras?  
En mi alma irradia luz tu carne de alabastro,  
mas ya pasas, te alejas, te pierdes en las sombras  
cual amoroso véspero, dejando en mí tu rastro...  
¿Quién eres, di, qué buscas, oh belleza que asombras?

Mujer, detén tus pasos nada más que un instante  
y antes de que te pierdas escucha mi querella:  
¡Que me ames y lo diga tu mirada radiante!  
en mi profunda noche serás eterna estrella;  
mujer detén tus pasos nada más que un instante.

¿Volveré a verte..? ¿MAS ALLA..?—¿En otro mundo...?  
Oh labios sonrientes, oh mágicas miradas,  
beberé vuestros néctares en un astro errabundo?  
¿Nuestras almas un día vagaran abrazadas?  
¿Volveré a verte..? ¿MAS ALLA..?—¿En otro mundo...?

M. Moreno-Mora

## La Génesis del Arte y sus Rumbos Futuros

(CONTINUACIÓN)

Taine en su Filosofía del Arte, ha presentado en admirables capítulos, las causas que hicieron del pueblo griego los más grandes artistas de la humanidad. "El pueblo griego es un pueblo de artistas"; desde su vida íntima: sencilla, elegante, llena de gracia, hasta en su vida política, social o religiosa, lleva siempre un amuleto de belleza que dignificará todas sus acciones.

La península que forma la Grecia es una de las más hermosas de la tierra: recostada en un mar riente y claro, frente a un archipiélago de graciosas islas—nayades llenas de encanto—, rodeada de pequeñas montañas floridas, de las que descienden hermosos riachuelos, que ora forman lagos, ora ríos serenos; con un clima dulce donde ni el frío del invierno arredra, ni el calor del verano abraza; la tierra parece cantar de alegría y ondula en mil graciosos pliegues. Todo es eurythmia en este país. La gracia preside en todas las formas de la naturaleza, infundiendo a los hombres la alegría del vivir; los sonidos vibran armoniosos modulando una lengua inimitable; el paisaje sencillo, lleno de tonos variados, desprovisto de austeridad, ha producido en los ojos de los habitantes la armonía de la luz y el color. Bellos ellos mismos, los helenos, ante el espectáculo de la naturaleza procuran perfeccionar sus cuerpos mediante una educación gimnástica adecuada.

En la época protohistórica la península griega estaba ocupada por los pelasgos, que prepararon el terreno a los helenos, hombres de su misma raza, pero mejor dotados que ellos para la cultura. No todas las ramas en que se dividen los helenos, ni todas sus diversas agrupaciones van a desarrollar una igual cultura artística. La Grecia se halla dividida en pequeños estados independientes, que son influidos de manera decidida por el medio en que tienen que actuar, dándonos con esto una prueba, de que un mismo pueblo, en el mismo momento histórico y con análogas circunstancias, toman diversos rumbos artísticos según la región donde se asienten. Los estados marítimos son los que mayor desarrollo adquieren, tanto por el espíritu aventurero y libertario que les infunde el mar, como por la mayor

amenidad del paisaje. Mientras los atenienses, corintios, jonios, desarrollan libremente su espíritu en un ambiente que les es propicio, los otros llevan una vida rudimentaria en el arte, que tratan de suplirlo merced a la supremacía adquirida por las armas: Esparta, Macedonia, se educan por y para la guerra. Taine, describiendo el ambiente de los diversos estados de la Grecia, hace notar las diferencias: "Los antiguos habían notado ya el contraste que había entre la Beocia y el Atica, entre el beocio y el ateniense: el uno alimentado en llanuras grasas y en medio de un aire espeso, acostumbrado a las comidas substanciosas y a las anguilas del lago de Copais, era comedor, bebedor, de inteligencia espesa; el otro nacido en el terreno peor de Grecia, contentándose con una cabeza de pescado, una cebolla, algunas aceitunas; criado en un ambiente suave, transparente, luminoso, mostraba desde su nacimiento una sutileza y una viveza de espíritu singulares; inventaba, gustaba, sentía, emprendía sin descanso, no se ocupaba de otra cosa y parecía no tener en sí más que su pensamiento". Más allá añade: "La prueba de ello está en que los pueblos más precoces, más civilizados, más ingeniosos de la antigua Grecia, eran todos marinos: Jónicos del Asia Menor, colonos de la Gran Grecia, corintios, egeos, sieyonieus, atenienses. Por el contrario, los arcadios encerrados en sus montañas, se mantienen rústicos y sencillos; igualmente los arcamenienses, los epirotas, los locrieus ozoles, que desembocan sobre un mar menos favorable, no son viajeros; permanecen hasta el fin semibárbaros; en tiempo de la conquista romana sus vecinos los etolianos no tenían aun sino barridas sin murallas, y no eran más que unos merodeadores brutales."

Roma es un pueblo político-guerrero, por eso allí las bellas artes no florecen con el carácter típico y original de la Grecia, su cultura artística ha sido trasplantada de esta última nación y nunca alcanzará las alturas estéticas del pueblo heleno.



### Los Instituciones

Para comprender el desarrollo artístico de un pueblo es indispensable darse cuenta de la evolución de todas sus instituciones. El arte en la India tiene tantas fases cuantos son sus períodos de desarrollo histórico. Podemos considerar grandes fases: el período védico, el brahmanico, el budista, el neobrahmanico-jainista, el musulmán y el moderno (Gustavo Le Bon). En el período védico la sociedad aria recién emigrada al Indostán, comienza a formarse; no existe más institución que la familia: el padre ejerce los papeles de jefe, guerrero y sacerdote; la reunión de familias sólo se unen para sucesos tales como la guerra, y eso de manera momentánea. Desde este momento comienza a esbozarse el carácter teísta de la sociedad; una religión sencilla, de atrevidísimas concepciones metafísicas, de las que apenas hoy comenzamos a darnos cuenta, constituye para el ario primitivo el acto primordial de sus existencias, que manifiesta bajo la forma de himnos, de elevadísima entonación lírica a veces. En el período brahmanico la sociedad se complica, se marcan las castas, las instituciones sociales se desenvuelven, la ciencia se desarrolla, y la religión va a constituir en adelante el patrimonio de una casta: la de los brahmanes, que se erigen en directores de la sociedad. La religión se complica tanto en sus especulaciones metafísicas, como el culto externo; la vida se regula conforme a la religión. El régimen de casta—que como dice Le Bon—es la piedra angular de la sociedad india, trae preocupaciones sociales que se traducen en el arte. La pura emoción que respiran los himnos védicos, es substituída por una más sabia elaboración estética, pero complicada y fastidiosa con frecuencia; a los himnos védicos primitivos se interpolan numerosos cánticos de escaso valor literario. Nace la epopeya que refleja fielmente el complicado sistema cosmogónico, haciendo las dos obras más vastas de la literatura humana: el Ramayana y el Malabharata. La arquitectura comienza a manifestarse en bellos monumentos de los que nos restan pocos, pues casi todos fueron obra de ladrillo o madera. La magnificencia oriental se manifiesta en los suntuosos palacios que se erigen y el lujo invade los poderosos imperios. El budismo trae para la India una gigantesca revolución en sus instituciones y en su arte; el fervor místico erige monumentos imperecederos y la arquitectura, la escultura y la poesía adquieren un desarrollo considerable. Pero cuando el budismo comienza a esfumarse en el bra-

mahanismo en una lenta disolución, y vuelve la intrincada cosmogonía de los sacerdotes a complicar la humanitaria religión de Sakia Muni, el arte adquiere todo su desarrollo, los más grandes monumentos de la arquitectura son construídos en este período haciendo de la India, según se expresa Le Bon, el país más adelantado en arte arquitectónico; la escultura prodiga una profusión de figuras que asombra, la pintura se desarrolla igualmente, al par que la literatura. Transcribo un párrafo de Le Bon, de su obra Las Civilizaciones de la India, para que se note la enorme importancia del arte indio: "El templo de Karnack, en Lucksoor, en Egipto, es sin duda un monumento espléndido; pero si Karnack parece la obra de un pueblo de gigantes, Kailasa y el templo de Indra en Ellora parecen la obra de un pueblo de genios. Aladino con su lámpara maravillosa no hubiera realizado jamás nada más sorprendente. Las fotografías no dan de él, desgraciadamente, sino una idea muy pálida. Es preciso completarlas procurando representarse con el pensamiento lo que puede ser una catedral fantástica tallada en un solo bloque de piedra, artificialmente separada de una montaña. Sobre los flancos del precipicio que ha sido preciso crear para aislar a ese bloque gigantesco, manos de artistas pertenecientes a un mundo muy distinto del nuestro han labrado una serie de templos que se pierden en los flancos de la montaña. Todas estas construcciones están recubiertas de estatuas de dioses, de deidades, de monstruos y de animales que la imaginación más delirante pudiera soñar. Aquí, son divinidades espantosas y feroces, guardadas por gigantes de piedra que parecen amenazar al visitante bastante audaz para aproximarse a ellas; después monstruos gesticulando, deidades que extienden los brazos con la más encantadora sonrisa, bailarinas en lascivas posturas, dioses y deidades que un transporte amoroso tiene furiosamente enlazados. Ese pueblo de ídolos que parecen viejos como el mundo, de seres sobrenaturales, bayaderas y de sirenas forman una interminable procesión que se extiende sobre las paredes de los templos y en los subterráneos de la montaña. Subis, descendéis, alcanzáis, subis aún, y en todas partes donde se refleja la luz de vuestra antorcha hallas sus sombras, ya sonrientes, ya amenazadoras. Se acaba por sentir el vértigo y sentirse transportado al mundo de los encantamientos. Lejos de las frías y rígidas estatuas de nuestras catedrales góticas, hay allí, en ese pueblo de piedra, formas tan vivas y tan reales, que

se diría que van a animarse. No es el Teje de Agra el que vale por sí, como se ha pretendido, el viaje a la India, sino el templo de Indra y el Kailasa de Ellora."


Este magnífico florecimiento escultórico-arquitectónico del período neobramánico no es sino el desarrollo del arte del período búdico. El arte que al principio de la difusión del budismo sigue de cerca a la religión: intensamente espiritualista y simple, se reduce a simbólicas representaciones de actos de la vida de Buda, como la de la huella sagrada dejada por Sakiamuni en una de sus peregrinaciones. El budismo, igual que en los primeros tiempos del cristianismo, es una religión, sencilla, pura, sin imágenes; el culto externo es supeditado por el culto interno; pero a medida que degenera la religión y el rito ocupa un puesto preponderante, a medida que mengua la fe apostólica de los primeros tiempos y sale del estrecho círculo de los iluminados, únicos capaces de comprenderla en su esencia, y se difunde en las masas populares que necesitan representaciones de la divinidad; las imágenes aparecen, los templos se decoran con fausto y el arte religioso toma gran vuelo. Buda en diversos momentos de su vida es representado con profusión infinita de posturas y de símbolos; bodisawas y otras imágenes pueblan en múltiple variedad las suntuosas pagodas. A los apóstoles budistas de los primeros tiempos llenos de fe, puros, suceden los sacerdotes, casta para cuya conservación se inventarán las pompas rituales, la multiplicación de las imágenes, de cuya fama milagrosa dependerá las ofrendas de los fieles. Como hemos dicho antes, durante el período búdico el arte conserva una grandiosa sencillez, cierta austeridad que invita a la meditación. El famoso templo de Ajunta labrado en los flancos de una roca montañosa, pertenece a los templos del período budista. La obscuridad en que se hallan envueltos los templos subterráneos budistas, la inmensidad de sus proporciones, el misterio que les rodea parece tuvieran como objeto principal, dar al creyente una sensación de arrobamiento, de adoración extática de la colosal estatua de Buda, que aparece al fondo de la pagoda envuelta en una semiclaridad, que da fantásticos relieves a los objetos. Es el aniquilamiento total, el nirvana. La sensación grandiosa y simple que producen esos monumentos, traducen los anhelos de la sociedad indostana, esencialmente mística, que Sakiamuni ha logrado dar un mayor grado de idealidad. Mejor que cualquier descripción histórica esos monu-

mentos nos hablan de la profunda revolución espiritual que trae con su doctrina el asceta filósofo hijo de príncipes. Sus lamas, los conventos donde moran millares de monjes, nos hablan de la moral igualitaria de Sakiamuni, del alto espíritu humanitario de su doctrina.


Cuando el budismo comienza su lenta disolución en el bramánico, cuando Sakiamuni irá convirtiéndose en una simple divinidad del panteón bramánico, la mitología se complica de una manera exagerada y las imágenes crecen en una exuberancia infinita. La imaginación del artista del período neobramánico, siguiendo los pasos de la religión que trata de representar, inventa una multitud de símbolos extraños, de deidades monstruosas, medio humanas, medio divinas; con cabezas, cuerpos o miembros de animales fantásticos. La naturaleza de la inmensa llanura indogangélica, enmarañada y rica presta motivos varios a los artistas; el símbolo enmarañado obscurece la Verdad Divina, haciendo del sacerdote el gran depositario del misterio sólo a él revelado. Sobre todo en la arquitectura se ve la simbolización de la naturaleza: la pagoda de Rajarami en Bhuaneswar, el templo de Siva en Kajurao, se parecen intimamente a los grandiosos bosques del Indostán. Las extrañas decoraciones, las estatuas de siete brazos y dos cabezas, no son sino formas reproducidas a porfía en el seno de los bosques milenarios.

*El Realismo* es un de las características del arte escultórico de los dos pueblos teístas por excelencia: el Egipto y la India. Ese realismo es de una maravillosa precisión, llegando a veces hasta lo chocante, durante el período menfita y el renacimiento del arte tebano, en el Egipto. En la India, sorprende el realismo de la estatuaria, si tenemos en cuenta sobre todo, que las estatuas son únicamente símbolos de ideas abstractas; mientras que en Egipto, el realismo de las estatuas se debe a que el artista trata de reproducir en sus figuras lo más exactamente posible la imagen o doble del difunto. El realismo de la estatuaria adquiere su mayor relieve en Egipto durante el período menfita, volviéndose simbólico durante el renacimiento del arte tebano desde la XVIII dinastía. Las estatuas indias y egipcias están casi siempre desnudas mostrando toda la exuberancia de esos países tropicales. Aun el arte religioso muestra sus figuras desnudas, con frecuencia lascivas, diferenciándose del arte religioso cristiano que floreció durante la Edad Media.

**Leonardo Visconti**



## La Espera Amorosa



En la quinta de Gloria blanqueaba allá, en el extremo norte de la ciudad, medio perdida entre la fronda desigual y pobre de los eucaliptos seculares que en torno a ella se elevaban. Metida en lo interior de un viejo jardín inmenso, para llegar se atravesaba una larga y añosa avenida de cedros, en cuyos troncos musgosos, a lado y lado, se fijaba una cuerda densa de alambre donde las enredaderas de madre selva tejían densos cortinajes flotantes.

La casa, de una arquitectura antigua, achata, con amplios corredores sonoros, formaba un cuadrilátero que enmarcaba a un pequeño patio, en cuyo centro, rodeada de césped, se abría una fuente de mármol con un artístico surtidor de bronce que representaba un sagitario en actitud de disparar al cielo su aguda flecha cuya trayectoria indicaba el hilo de agua que, silbante, ascendía brotando de la punta. Un silencio misterioso como de palacio encantado, como de templo en abandono, que parecía nacer de las ventanas abarrotadas y herméticas, de las anchas puertas ahorradas, de los oscuros pasillos abovedados, prestábase a este retiro campestre no sé qué de inquietante que despertaba en el alma supercerciosas ideas de hechicería. Sólo a ratos, del fondo mismo del bosque, como un denunciador grito de sobresalto, se elevaba, alarmado y urgente, el graznido de los gansos que a gran distancia sentían el acercamiento de un extraño.

Con descuido intencionado se había dejado desarrollar en los jardines plantas y arbustos silvestres que presentaban un exuberante aspecto de vegetación selvática, dando así la apariencia de un lugar deshabitado y en olvido. Aves nocturnas, pájaros agoreros, murciélagos repugnantes, habían fabricado sus nidos sobre los salientes de los capiteles, bajo los aleros, en los ángulos de las cornizas; y en la noche, bajo la imprecisa claridad de las estrellas, un temblor indeciso de alas llenaba de ruidos atemorizantes la casona solariega.

Para quien, por primera vez, desviando su paso de la carretera, se internaba por la avenida solitaria con dirección al caserío, triste mansión de brujas semejaba en la que un maleficio parecía pesar como una amenaza; pero, para aquel que, guiado por amante

mano solícita, se aventuraba por el interior de las habitaciones, regio recinto era en donde con gusto exquisito el arte viejo y el moderno, alternando en los aposentos, decoraban maravillosamente los techos y las paredes. Una hada de cuento parecía haber tachonado de estrellas los cielos azules; mullido de ricas alfombras los pisos; cubierto los muros de grandes espejos relucientes y preciosos lienzos geniales con motivos eróticos en los cuales se había vertido y perpetuado hasta lo infinito la imagen del placer y de la felicidad.

Y Gloria, el hada voluptuosa y sensual de aquel misterioso rincón de encantamiento, había ido allí en espera de su amado.

\*\*\*

Una mujer picada de amor es una verdadera hechicera que pone en juego todos sus encantos; saca a relucir todas sus gracias; amuestra sus miradas; envenena, con tóxico de amor, sus sonrisas, y no omite medio ni descuida ocasión para embriagar al hombre que ella ama. Y cuando éste le opone una pertinaz resistencia; cuando se aleja de su lado por una inopinada esquivéz; de pronto ella, sublevado su orgullo, declarado en rebelión su sentimiento desairado, se convierte en la más refinada y gromante, en la más sabia alquimista poseedora de mil secretos mágicos para los cuales no tienen eficacia exorcismos, amuletos, ni desdenes.

Peor que su odio, infinitamente más peligroso que su amor es su capricho; ya que, siendo la mujer por naturaleza la criatura esencialmente tentadora tras de quien van como galgos la persecución y el deseo del hombre, cuando se invierte el orden no se sabe qué frenesí diabólico ni qué obstinación insana se le despierta por poseer y ocupar aquel viril corazón que se le escapa a la magia de su encanto; por abatir aquella recta voluntad que no se somete a su designio; por encender en esa carne indiferente e insensible la llama del deseo que al reinar esclaviza.

Y Gloria, obstinada en vencer, no paraba mientes en sus ofertas, no se cuidaba de lo descabellado de sus prodigalidades. Frisando en los treinticinco años, y con una juventud plena de anhelos, como una madura fruta plétórica de jugos, se hallaba en la peligrosa edad de las extremas resoluciones.

Le había escrito a su amado:—Ven, una última vez, para un último beso. Ven, antes de que te alejes de mi lado para siempre, y



Vista occidental de la ciudad de Guayaquil.—Ecuador

ya en mi memoria ni siquiera pueda yo reconstruir tu imagen inconstante. Apenas un segundo, el indispensable para repetirme cuanto te amo, quiero tenerte en mis brazos, mirarme en tus ojos, escuchar en tus labios como una música mi nombre. En un instante, mi voz enloquecida te susurrará al oído toda la infinita angustia de perderte y mi corazón querrá, como suprema dicha, vivir sólo ese instante, para ti.

Allí, a mi quinta solitaria, en donde tantas veces, de tu brazo, andando silenciosos por los senderos llenos de sombra, me miraste palidecer sin que tus labios se dignaran dirigirme una dulce palabra de promesa, ni tus manos me acariciaran consoladoras cuando mis ojos en una pregunta muda interrogaban ansiosos lo que haría de mí tu corazón; allá, quiero que vayas una última vez.

Mañana, ese mañana que yo odio y temo a un tiempo, otro amor, otro ensueño van a distanciar nuestras vidas interponiendo un piélago de olvido. Tú no me lo dices, pero una mujer pocas veces se equivoca y yo siento en tu actitud por demás elocuente. Por eso, hoy, antes de perderte, antes de que sea un imposible el gozar del supreme deleite entre tus brazos, en mis manos, trémulas de sostener tan frágil don, te ofrezco la casta flor de mis encantos cuyo recuerdo perfumará la tristeza de tus noches solitarias.

En muchas ocasiones habrás salido de tu casa en busca de placeres fáciles, callejeros, encuentro de cualquiera mujer. Ven, pues, hoy, a mí, enfebrecido con la misma fiebre, guijoneado por idéntico deseo que aquel que se llevara tras una anónima mujer mundana, cuidadosa únicamente de gustarte y de procurarte el mayor goce posible. Ven.—

El amado contestó que iría; y Gloria, recogiendo en un maletín de viaje todos sus utensilios embellecedores, escogiendo el más

delicioso perfume, preparando con esmero las más tenues y vaporosas prendas de vestir, madrugó a la quinta a esperar al amado desde el alba hasta el crepúsculo.

\*\*\*

En la chimenea chispeaban de rato en rato los gajos de madera resinosa, y la atmósfera del pequeño camarín, saturada del exquisito aroma de los jazmines y retamas que alfombraban con profusión el suelo, se entibiaba como un hábito.

Gloria se había bañado y descalza aún, puesta ya la camisa de batista, permanecía en mitad de la estancia, frente a un gran espejo, comprimiendo contra una toalla celeste el manojo húmedo de dorados cabellos para que se secase.

Al alcance de su mano, las prendas íntimas, aquellas que más en contacto iban a estar con su mórbida carne perfumada, albeaban inconsistentes y diáfanas como una espuma. Era todo un ajuar blanco, nupcial, como aquel que se estila para la suprema entrega amorosa.

Se echó atrás la cabellera abundante, sacudió graciosamente la grácil cabeza soñadora y se dispuso a vestir.

Mirándose al espejo, pensaba afligida: ¡Cómo es posible que me deje; cómo no advierte que aún soy hermosa y codiciable y que mis besos pueden procurarle una dulce embriaguez que le cautive! Mis labios son tersos y jugosos y él apenas los besa; mis manos son suaves y acariciantes y rara vez las permite insinuarse rozando mimosas su pálida frente pensativa; mi regazo es tibio y acogedor como un nido y nunca rechina sobre él su hermosa cabeza inteligente. ¡Por qué! ¡Oh, abismo del corazón! ¿qué mirada podrá penetrar en tu arcano y aprehender con garras de acero la recóndita verdad que en ti se oculta!

## EL MITO COTIDIANO

Sobre la inmensa y fresca llanura adormilada,  
el Sol vuelca sus copas sangrantes de buen vino,  
y la llanura fuge la recia y colorada  
faz grietosa de un viejo borracho campesino.

La campiña, en la clara mañana aurisolada,  
parece una esmeralda en cárcel de oro fino.  
¡Oh, magna epifanía! ¡La Tierra está enjoyada!  
¡La Mañana es la fiesta polícroma del trino!

Hay un ritmo salvaje en la estrofa sonora  
que vibra con la rubia orquesta de la aurora  
en los labios floridos de cada amanecer.

Y un simbólico mito, porque el Sol aldeano,  
al nacer es un joven y robusto silvano  
que a la Tierra persigue como a una mujer!

**Alcides Spelucín**

Trojillo, Perú

Pero la sombra que estas consideraciones pusieron en sus ojos, se disipó de pronto al mirar en el espejo su magnífico cuerpo transparentado a través del tul finísimo de la camisa; y un extraño deseo la tentó, urgente; un inusitado fulgor le abrigó las pupilas; una gloriosa sonrisa de asentimiento le floreció en el porcelánico óvalo del rostro. Desató con cautela los lazos azules que sujetaban los hombros de la camisa, la sostuvo a ésta un rato por delante de los senos, y, mirándose, reída e impúdica, la dejó caer de golpe. . . . : una onda diáfana pareció difundirse en la serena inmovilidad del aire; un corazón reconducido pareció palpar estremeciendo el silencio que se apaciguó después en un mágico asombro estupefacto; mil bocas invisibles parecieron posarse, ávidas, sobre aquella ardorosa flor de tentaciones; y en el fondo límpido del espejo como en la cristalina linfa de una fuente, surgió, divina y pálida—casi tangible—su magnífica desnudez!

El cuerpo largo, de líneas impecables, tenía el suave matiz, entre amarillo y blanco, de un opaco marfil viejo, y era delgado y

flexible como una dorada paja trigaza. Sobre la espalda perfecta el cabello todavía húmedo se plegaba lacio, dejando caer una que otra gota de agua que resbalaba lenta y formaba un surco brillante sobre la piel ya enjugada. Los brazos llenos, finos, conservaban la actitud graciosa de soltar la camisa, y sobre los senos eréctiles que enderezaban más y más sus pezones como picos ambarinos de cisnes ávidos, las manos frágiles, de agudos dedos aristócratas, parecían ofrecerles alimento. Y en tanto Gloria reía, reía, con una risa loca, histérica, chispeantes los ojos, enrojecida más la sensual boca jugosa, ebria de su propia belleza.

De pronto, en el jardín, el grito de los gansos anunció, alarmado, la presencia de alguien. Era el amado. Entonces, Gloria, buscando una voluptuosa actitud de efecto, colocó en la mitad del cuarto, entre las flores, un largo cojín de seda lacre, extendió sobre él su bello cuerpo obúrneo y se quedó esperando . . .

**Guillermo Bustamante**

Verano de 1924

## DON JOSE AUSTRIA



**E**STE señor José Austria, impasible y hurafío, que tiene la costumbre de hacer las noches días, es un marqués artista de los tiempos de antaño que dejará el veneno de sus misantropías.

TIENE cosas muy raras este gran ermitaño, cincelador de prosas radiantes y sombrías; su espíritu es un mar silencioso y extraño donde están los corales de sus melancolías.

SU vida es un ensueño de absintio y de tristeza, un largo y noble ensueño de amor y de belleza que sangra y empurpura las rosas de su hastío.

SOÑADOR de añoranzas, orfebre taciturno, va por la senda errante, como un jaguar nocturno, a quien la sed devora y está lejos el río.

**José Ignacio Vargas Vila**

# LAMPARAS DE ILUSION

POR DON JOSE AUSTRIA

**E**STAS notas, — no aspiran sino a ser simples notas, puestas al margen de una lectura atenta y lenta, por delectación de ir morosamente deteniéndose en las páginas que suscitan, entre muchas otras cosas, un desate de ideas, un saltar de lo que el autor dice "áureos tigres que no es fácil volverlos a sus guaridas", — aparecen un poco tardíamente. Pero si son tardías, no son inactuales. Porque nunca puede serlo este libro que teje su madeja con hilos eternos: ilusión, dolor, amor o pensar. Y estas viejas cosas, tan manoseadas y venidas a menos, adquieren singular interés vistas y dichas por un singular espíritu.

Gusto, con predilección, de esta clase de libros: "sin arquitectura concreta, abiertos sobre una perspectiva indefinida"; como alguien definió una obra suya; fragmentarios al parecer, guardan, sin embargo, la unidad recia y tenue del yo. La lógica de un argumento, de una construcción gradualmente desarrollada, dan fatalmente a la obra algo de artificioso, y no transparentan tan bien la libre actividad del espíritu que salta de aquí allá, como los "áureos tigres", sobre las múltiples cosas de la vida. ¿Comentarios? Propiamente no. Tal cual idea de uno o de otro—Emerson, Carlyle o Shakespeare—sirvenle, no para comprobar por medidas lógicas o por conceptos de estética, la parte de verdad o belleza que encierran, sino que son puntos de partida, toques de sugestión para lanzar el espíritu en su peculiar actividad, en su manera de pensar y sentir. Y éste es como una magnífica caja de resonancia, en que, iniciado el motivo por un golpe de pensamiento, prolongara infinitamente los ecos. Pero si Emerson, Bolívar o Wilde— ¡ved que soberbia variedad!— centuplican el espíritu en su más fino pensar, son caros motivos de divagación para el autor, tiene este libro el mismo don para nosotros: — vale tanto por lo que dice que por lo que sugiere.

En torno a una frase, a un hecho,

a una idea ramifica el autor su comentario. Así por ejemplo, la gruta de Kentucky, a la que alude Emerson, le sugiere aquel bello *leitmotiv* de la lámpara de ilusión que, prendida en nosotros, va guiándonos por los caminos del mundo. Y entre todas, — unas dan su luz macilenta, otras alumbran con su potencia cegadora, — prefere aquellas almas de luz promedia "con su ancho campo de visión, sus peculiares padecimientos y su fatal destino de seres desabridos, mal humorados, de ceño ácido y además inoportuno. Son grandes seres que no ven la ilusión completa".

Y la lámpara suya, la que lleva siempre prendida y vigilante, alumbrá varios campos con su luz certera, rutilantes de imágenes; amor y dolor, la muerte y la vida, hechos gloriosos y trágicos, productos todos de la fatal ilusión, irradiaciones del foco central que lleva el hombre en su cabeza o en su corazón. Y pensadores o héroes son hijos de esta ilusión que tuvieron poder de hacerla fulgurar más intensamente que los demás; y ella, en la perspectiva de la historia, va brillando al lado de otras pobres, macilentas, casi opacas.

Al pasar de uno a otro asunto, al alumbrar su lámpara sobre campos distintos, lo hace con sutil destreza, sin romper la continuidad, dando la sensación de que pusiera a descubierto la libre actividad de su espíritu. Tengo para mí que este Don José Austria, lleva en sus silencios dorados, el mismo bordoncillo ágil de ideas que el que ha querido darnos en esta obra, casi sin transfiguración ninguna. Para ornar tales divagaciones allí están, venidos a su tiempo, recuerdos de eruditos, figuraciones de la fábula y de la historia, cosas de arte, anécdotas o pasajes de hombres insignes. Y no como vano alarde de erudición, sino como el que amasó con lecturas y meditaciones su soledad en medio del tumulto mundano, de la vida diplomática. Dijera yo que este libro, mejor que otros suyos, refleja el paisaje interior de Don Pepe (perdón que al protocolario tratamiento oponga hoy el familiar con que le designan sus amigos).

## EL ABISMO LUMINOSO

Abismo luminoso de mi mal de Belleza:  
¡cómo toda mi paz y toda mi alegría  
van rodando, aterradas, a tu fin, día a día;  
con una silenciosa y sangrante nobleza!

Y rendido, inmutable, lleno de cobardía  
no trato de salvarlas, con la opaca certeza  
de que para vivir preciso la tristeza  
de esta desgarradora e inmortal agonía.

¡Ah, fuego azul que muerdes mis venas delirantes,  
pero que, en cambio, siembras mil estrellas vibrantes  
en mi espíritu henchido de un fuerte rutilar!

Abismo luminoso de mi mal de Belleza,  
remanso en el horror de una vida vulgar:  
¡Alégame llenándome con tu santa tristeza!

Montevideo-Uruguay

Gastón Figueroa

Advierto que, por más que me he esforzado en definir la obra, se me escapa, como algo muy sutil que quisiéramos aprisionar en una malla floja. Para que os deis una idea: cabal, id a ella. Os prometo que, luego de cerrado el libro, os quedará una vibración musical en los oídos, por su virtud verbal; y en el cerebro, un enjambre de ideas, por su don meditativo. Esto proviene de la característica esencial de este ensayo. Porque su poder, su eficaz virtud, le vienen del más feliz consorcio entre la expresión y su contenido. Exquisito estilo que no decae ni se empaña aún cuando se absorva en las más abstrusas meditaciones: el pensamiento más recóndito y difícil está allí a plena luz, envuelto siempre en el giro melodioso, sin perder la naturalidad fluente. Prosa trabajada, sin duda, pero nunca trabajosa. Moderna y clásica a la par; moderna, por su continua musicalidad; clásica por sus contornos sobrios y su perfecto ajuste entre la forma y el fondo.

Completan este ensayo tres capítulos sobre "Las profesías y la guerra del mundo", lucubraciones a la luz de la biblia y guiadas por el apocalíptico doctor John Thomas. Interesantes páginas que estudian, en síntesis rápidas, grandes acontecimientos de la historia, previstos ya en la leyenda de la Biblia, en cuyos símbolos oscuros, como en un gran vientre, están las cosas que han sido y serán en el mundo.

Estas notas apenas pueden—si es que lo pueden— dar una ligera idea del conjunto de este ensayo que despierta tantas sugerencias. Sería curioso ir siguiendo lentamente sus meandros sutiles y diversos. ¡Magnífica ocasión para mostrar un panorama espiritual!

Alguna vez, mientras Don Pepe dejaba fluir, en medio de sus amigos atentos, curiosas ideas sobre el Libertador, decía que Bolívar,—y con él todos los hombres de su especie, son para el espíritu bellos espectáculos que hay que contemplarlos como se contempla un horizonte, una montaña. No importa que la obra haya sido mala o buena — esto ya es simple cosa de criterio—. Importa tan sólo la fuerza con que la realizaron.

Parecida cosa dijera de este ensayo: pudiéramos no estar acordes en tal o cual punto de vista, pero todos lo estuviéramos al decir que es intenso y bello y que designa, sobre todo, la más rica y varia vida interior. Y es un gran libro aquel que prolonga un poco nuestro cotidiano ser interno: al conversar Don José Austria, muchas veces, parece que estuviera divagando en sus "Lámparas de Ilusión".

Hernán Pallares Zaldumbide

Quito-Ecuador



# LAMPARAS DE ILUSION

## FRAGMENTO

**B**MERSON alude a la gruta de Kentucky: caverna mágica donde soñó el pensador, o el soñador pensó. Bajó una ciudad, bajo un río, la encantada cueva de estalactitas y estalacmitas. En plena obscuridad aparece de improviso el ciclo estrellado: es, dentro de la bóveda, el espectáculo del aire libre con una clara fulguración de astros. . . . Pura ilusión. Una lámpara, unos espejos en artística manera colocados, realizan el prodigio.

También en la gruta de nuestras almas, una linterna prestigiosa, irradiando sobre los vastos espejos del mundo, nos regala con las múltiples emociones de la naturaleza: con la visión del sol resplandeciente, de los árboles que cuajan esmeralda, topacios y rubies, de las fragantes rosas hermanas de las mujeres, de las montañas azules hermanas de los cielos y del estrellado jardín de las noches solemnes. Quizás el espíritu no es sino la generosa lámpara encendida, proyectora de luces en el mundo externo, de potencia distinta, con reflectores de latón y cobre o de oro y plata, con rudos vidrios primitivos o cristales finamente tallados, teñidos con todos los colores. Y esta lámpara que el misterioso Alumbrador enciende, ha de guiarnos en la vida, alumbrándonos la ruta y los horizontes con la intensidad y extensión de su energía. Los mecheros son diferentes, las luces de varias maneras graduadas: desde los focos de vigor superlativo, hasta los humeantes candiles de antiguos teatros arrabalescos.

Confieso que dentro de la inevitable clasificación, me atraen fuertemente las almas de luz promedia, con su ancho campo de visión, sus peculiares padecimientos y su fatal destino de seres desabridos, malhumorados, de ceño ácido y además inoportuno. Pues son las más fecundas inteligencias. Son grandes seres que no ven la ilusión completa. Ilumina su llama una parte de las cosas y la otra parte, dentro de la sombra,

dibuja su línea sulfúrea de esqueleto: como Diana en creciente deja ver su oscuro perfil, con la luz cenicienta de Leonardo de Vinci. En cambio los hombres de radiosa lámpara, de irradiación cegadora, que tiene amplitudes, fuerza y generalizaciones de incendio, son los facultados para cumplir las nombradas grandes cosas, que son cosa de ilusión. No excluyo los imperios cuando son arbitrariamente constituidos, ni las poderosas religiones. Naturalmente, la lámpara creadora de máxima ilusión es la máquina triunfal: desde los lejanos, arcaicos, sangrientos fundadores, Budha, Mahoa y los Kanés hasta Cromwel, Napoleón y Simón Bolívar, los hombres con extraordinaria linterna interior son quienes han llegado a interpretar en grado supremo la ley de ilusión; y como las leyes verdaderas se interpretan cumpliéndolas, actuando bajo su fórmula, vemos cuánto la ley de ilusión hácese cumplir también: por medio de la victoriosa civilización occidental puesta en orden de batalla por el sable de Carlos Martel y en zafarrancho de combate sobre las galeras de Lepanto; por medio de la restauración de los Tudores y del abrazo al águila en Fontainebleau; por medio del ruidoso fracaso de Colombia y de las amarguras de Santa Marta.

Aunque todas las cuestiones son iguales desde la región claro-oscuro en donde el alma se cierra con la blanca, serena faz vuelta hacia los astros—no hay, empero, cuestión tan interesante, a la vez que tan pueril, como ésta: la utilidad de los grandes hombres está en ser como el forceps para la matriz de la Naturaleza: extraen, sacan a la luz de los conocimientos, hijos del misterio, en buena sazón y vivientes. Pero los duros *superhombres*: los desmesurados proyectores, los sacan en ocasiones sin vida, cinco-mesinos, siete-mesinos, abortados, casi siempre a pedazos y dolorosamente. Estos no tienen justa noción de lo Necesario. Aquellos, acertados tocólogos, responden a una exigencia de lo subevidente. La futura realidad palpita en la tiniebla de lo desconocido, como una larva en el pozo

cubierto: están los hechos latentes en el saco de lotería que envuelve al mundo, están las fuerzas generadoras en movimiento incesante y eterno, agolpadas en las mil puertas de la Vida para ir arrojando, cuando las abren manos industriosas y manufactureras, los materiales de los sucesos. Los pensamientos están en el mundo—la vida está llena de pensamientos—como los gérmenes en la copa vegetal, como en el estrato los venenos. Ved: en las naciones trabajadoras y civilizadas, el agricultor para hacer producir la tierra, el minero para desentrañar tesoros, el artista para crear en línea y color expresiones de belleza, el guerrero para montar centinela en los límites de la Patria, el poeta para cantar los dolores del Hombre y de la Nación, el filósofo para meditar sobre el misterio del ser, llegan con sus avios, hierros y linterna, con activa capacidad, con un cutis vibrante que les advierte cómo hay pensamientos que recoger, hechos en gestación para sacarlos a luz, fuerzas que desencadenar y poner en expansión: es muy cierto, y semejantes hombres crean la historia. Pero: ¿la Historia cómo ha sido hecha, estaba preordenada en el inmenso vientre, o los hombres de ilusión energética la formaron a su arbitrio con los materiales que se agolpaban en las mil puertas enigmáticas del misterio? Hablaréis con algunas personas que os dirán cómo el Macedonio Alejandro vino al mundo para arrancar de las entrañas envejecidas del Oriente la civilización greco-romana; y cómo Jesús el Cristo nació cerca de las simbólicas márgenes del Tiberiades para redimir de las impotentes manos de aquella misma civilización el mundo que había de ser cristiano; y cómo el Renacimiento y la Reforma surgieron para librar las almas de la sombra y la locura medioevales. . . . . Mientras otro vendrá a deciros cómo al Misterio le era indiferente que los Persas libertaran al mundo del genio ático; y que la civilización greco-romana, con su grandeza y bello desnudo apenas cubierto por la clámide roja, naciera para curar al hombre del tenebroso ascetismo cristiano, bajo cuyas tocas y capuchas sudaban los cráneos pelones, sedientos de las claras fuentes paganas, refrescantes e higiénicas.

El hombre dice: Lo mejor es lo que sucede. Pero también se pregunta: Cuál sería el rumbo de las cosas si en lugar del Inglés, triunfa el Corso en Waterloo? Razon por la cual, no obstante nuestra respetuosa inclinación, encontramos tortuoso y arbitrario el curso de la Historia en el sentido del Progreso, y en el sentido de la Naturaleza, humano y *natural*.

En las extensas lagunas de los Anales puede verse, a través de la turbia superficie, un movimiento sordo y tranquilo de las realidades embrionarias. Imaginad el vuelo inmóvil de la cigüeña en una laca china: ved la quimera de granito como parece hablaros con su pendenciero rostro burlón y golpearos el hombro con su fija ala abierta. Si ponéis el oído a estas épocas y estas cosas bullentes en la inmovilidad, sentiréis en los nervios el canto de un grillo escondido en las grietas del techo, el roer de un ratón bajo el entarimado en el silencio de la alta noche. No podréis dormir. Vuestra luz parpadea. Pensáis en los creadores de ilusión, de grandes ilusiones estrepitosas, y queréis verlos llegar. Presa de tal desazón aguarda la humanidad el advenimiento de los impetuosos cerrajeros, que traen encendida su lámpara de ilusión. Llegan y alumbran. ¿Hacen el deber en obsequio de la gente que los espera? ¿Son, para ésta lo que Carlyle les atribuye? Si ocurriera de ese modo, las lecciones de la Historia no tendrían significación. La vida de un Héroe periódico fuera la ley; y al presente, la humanidad estaría profundamente fastidiada de su bienaventuranza y de su perfección. Pero la Naturaleza sólo admite el forceps para parir viva o muerta su preñez: jamás revela cómo y para qué concibió ni alimentó el feto y tiene un misterioso graduador de *antiguo régimen*, si juzgamos con la filosofía de la Libertad, de la Igualdad, de la Fraternidad: el graduador de las lámparas de ilusión, que el Alumbrador Destino enciende. Cuando flamea esa llama bajo sus globos colorados y sobre los bruñidos espejos, cuando los nervudos cerrajeros ponen en las puertas oscuras del Misterio sus poderosas llaves y muchas veces sus *ganzúas*, queda hecha la Historia: es decir, el Libro de la Naturaleza. Si hablamos, pues, de las lecciones del Pasado, es porque en él hubo Mal, a *nuestro entender*; y seame permitido decir cómo no conozco épocas idas ni creo en venideras épocas, durante las cuales semejantes lecciones no se hayan olvidado ni se olviden, y no abunden por lo tanto, los mismos males y otros. Es lo inevitable. . . .

Si, pues, todos estos hombres, portadores de las linternas fatales, carecen de la justa noción de lo Necesario, son preferibles los hombres de ilusión a media luz, pues no irán demasiado lejos y el progreso no será tan alternativo y penoso. Observad cómo, efectivamente, algunos seres poseen tales lámparas, que les ciegan a ellos mismos y a los espectadores. Afor-

tinadamente, no son muchos, aunque sean el encanto, la *sal de la tierra*. Con su potente linterna trazan la línea de luz hasta el vago punto en donde suponen colocada la realidad central, y sólo hacen funcionar espejos ensangrentados: en tanto que los de media luz nunca serán fanáticos, no llegarán a los suplicios como fórmula religiosa, política o jurídica, ni a las pirámides de cráneos, ni a la conquista universal. Se detendrían modestamente: si se tratara de Simón Bolívar, en el límite de un esfuerzo hábil y discreto por el bien de la Patria, y su *obra maestra de civilización* hubiera sido más tranquila y fecunda, más útil y menos dolorosa: y si de Napoleón Bonaparte, en el Código Civil y en la centralización administrativa, con mucha sangre y muchos dolores menos. A propósito: es curiosa la trascendencia que se le atribuye a la intención napoleónica, de haber impuesto y hecho triunfar la democracia en Europa, sentando sobre los tronos a hijos del pueblo. Todos los fundadores de dinastías fueron hijos del pueblo: ¿De dónde se quiere que hayan venido? ¿De las nubes?

Pero Emerson aplica cierta ley de identidad observada entre las moléculas y el todo, al hombre y su representación, a saber: el éxito de Napoleón estuvo, por ejemplo, en que personificaba las tendencias de todos los franceses de su tiempo, cada uno de los cuales era un *petit caporal*, un guerrero. Fuera interesante ajustar esta teoría a la ley de singularidad, observada por algún filósofo de la historia contemporánea.—Ya se opinó que la humanidad puede ser pacífica largo espacio de vida. Luego, ¿esos Bonapartes en miniatura deformada, provistos con la enorme válvula de su General Cien Mil, representaban suficiente acumulación de la energía guerrera en reposo y realizaron una reacción necesaria contra la paz imperante desde Luis XIV? Y cuanto a nuestra guerra magna, ¿fue también la tremenda crisis, explosión de fuerzas acumuladas y contenidas en el período secular de la Colonia? Todos los demás determinantes—muy contradictorios—¿son motivos subalternos? Creo en los hombres simbólicos: es conveniente que la representación de cada uno sea relativa—dentro de la ley de generación— a su país y a su época: somos hijos antes que padres. ¿De cuál aspiración fueron intérpretes los hombres de las asambleas Nacional y Legislativa francesas? De la libertad, es decir: del orden público fundado en el derecho humano. ¿De qué lo fueron los hombres de la Convención y del Terror? Esos representan una de las

lecciones de la Historia. Mas he aquí la guerra contra la Coalición y ved cómo parece la figura de Napoleón Bonaparte: cuando este grande General, cuando este completo representativo de un perfecto ideal guerrero nació, la Europa estaba en paz y a primera vista, no parece prudente suponer que con el desarrollo de ese carácter y de ese genio se iría paralelamente desarrollando la fermentación de los futuros acontecimientos. ¿Deberemos aceptar que la Providencia haya deliberado sobre la necesidad de proveer al país de Francia con un hombre capaz de triunfar contra todos los países de Europa reunidos? Mucho más oportuno hubiera sido tal previsión en obsequio de Luis XVI, para evitar tantos desastres. Cuanto a nuestro sorprendente Simón Bolívar, sólo representó la bancarrota de todas sus lujosas ideas, excepto la de la gloria: inmensa reflexión de su lámpara.... Es, sin embargo, muy verdad que cada época templa sus caracteres: En el tiempo del Terror la cuchilla no cortó cabezas temblorosas de miedo: los finos cuellos de las mujeres se descubrían con la misma serenidad que los cuellos robustos de Vergniaud y de Danton. En la guerra de la Independencia el amor de las batallas, el heroísmo del combate, floreció como un atributo colombiano. ¿Dónde, pues, estará el azar para que puedan las convenciones utilizarlo decorosamente? Los acontecimientos ¿forman al hombre o el hombre extrae los acontecimientos del saco de lotería? La vida enseña que el ser es febrez y mata para existir. Sólo en las altas regiones del alma—en las serenas regiones de las lámparas a media luz—existe la aspiración benemérita de rectificar esa despótica ley. No se puede negar que la obra de esas almas, sobre todo la obra de arte de esas almas, quiere ir dulcificando la vida, haciendo mejor al hombre civilizado: la mano se va suavizando como la suave tela del frac. Y sin embargo; actualmente, tanto el hombre-rey, a su manera de ver—como el mosquito que le pica para extraerle sangre y alimentarse, todos matamos y hacemos daño. En plena paz la guerra impera: es una guerra que está en los átomos y circula por la vida penetrándola como el hierro del matarife por el cuello de la res: con el hirviente chorro de sangre se fecunda la existencia. No obstante, dentro de la universal mataanza parece útil estar contento con el amor de las lámparas a media luz: es el amor de las almas que tienen vuelta la cándida, serena faz hacia los astros. Jesús, Francisco de Asís, Jorge Fox, son almas de una eminente, amplia

inteligencia, representativas del tipo ideal que lleva lámpara de media luz. Son almas heroicas, precursoras y hermanas de las almas caballerescas. El derecho divino de la vida es ser respetada, lo mismo que ser respetada es el derecho divino de la muerte. Todo y todos debiéramos vivir hasta que naturalmente nos pise el Tacón Infinito. Matar no debiera ser un derecho. Así, el derecho sería vivir y en este sentido un derecho no puede limitar a otro, porque no habría derechos mayores ni yuxtapuestos. Los nervios no se sosiegan hasta ver destripado el alacrán que, gozando de la existencia, camina pacíficamente a través del aposento, con su colita en curva erecta; y luego seguimos viendo alacranes por donde quiera. ¿No deberíamos nosotros, un poco más inteligentes, hacernos a un lado y decirle: Pasad, hermano alacrán, y vivid hasta que el Tacón Infinito os aniquile? En el cielo, durante las hermosas noches, nos encanta un alacrán formado de estrellas, que no alcanza nuestro pie. Camina majestuosamente por la gran sala azul, sala espléndida por donde transitan otras suertes de alimañas no menos radiantes: y el Supremo Tacón ¡ay!—pero sólo él—destripará también este alacrán de estrellas!

Si llegara el hombre a comprenderse a sí propio, tendría en su mano la clave todo-poderosa. ¿Cómo comprender lo que vemos sin comprendernos a nosotros mismos? El hombre, dice Goethe, es el objeto único que interesa al hombre. Y mientras viva, este hombre no se comprenderá ni comprenderá tampoco *este misterio que llaman vida*: tal es el magno, fundamental dolor. Dolor que no alcanza su plenitud, es decir, la máxima expresión del oscuro sentido de la vida, sino cuando la lámpara del alma brilla con la media luz, con luz normal: es un oscuro sentido de la vida que nos lleva a desear la rectificación de las crueles pragmáticas, lo cual es quizás el presentimiento de un estado mejor, de otra vida cuyo sentido de sí propia sea menos oscuro. Ni el candil llega a posar su luz, ni el foco deslumbrador a detener la suya en ese punto céntrico de la realidad, donde se recoge la convicción de no conocer y el profundo, permanente, definitivo pesar de conocer esa impotencia. Y la conducta de los hombres está de acuerdo naturalmente con la irradiación de su energía: su expresión de vida es el resultado de su fulguración interna. El General Bonaparte vistiendo la púrpura y alcanzando su águila mirada más allá del Cáucaso y más allá del Nilo; Jesús de Nazareth, errando pensativo por el paisaje galileo y ofreciendo al

César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios; Simón Bolívar, desafiando a la naturaleza y conduciendo su ejército desnudo y heroico por el derrotero de cumbres incendiadas de la Magna Cordillera, para dar a las naciones una servidumbre en lugar de otra y morir profiriendo las palabras más amargas de la historia; Jorge Fox, de quien tanto se burló en su figura, en su estilo, en su doctrina, la convencional crítica inglesa—cosiendo su vestido enterizo de cuero, como la túnica inconsútil del primer hombre libre que habría en Europa, según con tal clara verdad lo dice Carlyle; Francisco de Asís, dejando surtir de su corazón el manantial de amor para todos los seres y todas las cosas: son con evidencia ilustre, elocuentes expresiones de esa graduación de las lámparas de ilusión. El orgullo insólito de theomano atribuido a Jesús, ¿no será más bien, visto dentro de la realidad poética, la expresión del simbolismo que necesitaba establecer como relación de su luz interior con el núcleo central de la vida? Ved cómo el bello parabolano taciturno escasamente fue verdadero fundador de la Religión que había de señorear *Urbe et Orbe*. Sólo cuando vinieron el Propagandista de poderosa ilusión como Pablo el Emperador a toda luz que deseó cabalgar en la Insignia y una sucesión de Papas hombres de Estado, pudo fundarse la Religión dominadora. Jesús vacilaba para entrar a Sión: ¿qué haría Cristo con el poder?... Alguna ocasión pensó que las ideas son como tigres de oro, pues nada tan impetuoso, ágil, sutil, felino como las ideas: pero si he de seguir amando esa florecilla silvestre de retórica, debo explicarla del siguiente modo: El Hombre con su linterna interior va explorando, lleno de anhelo y de pobreza, la Selva del Misterio, el saco de lotería que envuelve al mundo—y levantando en ojeo las hermosas fieras áureas. Luego vienen los domadores, los que en el Circo aplican a la vida las ideas y hacen familiarizarse con ellas a los espectadores....

Llevando, pues, la lámpara a media luz, pienso que ha de verse más nitida la realidad central: en el hombre, cuanto de obscuramente divino lleva en el alma y cuanto claramente pobre lleva en el cuerpo. El foco mediano, que no deslumbró, ilumina la línea plástica; y en el claro-oscuro, en la *luz cenicienta*, quedan bien trazadas las líneas fosforescentes del esqueleto. Lámparas destinadas a ver todo el Mal posible, comunican facultad y aptitud para realizar algún Bien. Sabéis cómo fueron graves y verdaderas, desoladoras y solemnes las palabras de Simón Bolívar después que su enorme foco se puso a media luz. Obscu-

reciéronse los espejos y vió entonces la parte del esqueleto que todo espíritu está en la necesidad de ver para ejecutar alguna obra de práctico provecho y alguna obra de trascendencia divina; es decir algo de belleza exterior y algo de belleza interior. Porque no hay en el mundo nada sino la Belleza, puesto que no existe nada sino el Dolor: las cosas de mayor fealdad son una expresión, más típica tal vez, del eterno dolor universal; y el dolor es la esencia de la Belleza.

Meditando silenciosamente se comprende esto: y tal es el valor inapreciable y misterioso de la soledad. Si departis con los llamados amigos o vagáis entre la ruidosa multitud, no estaréis tan en buena compañía como encerrados en vuestro solitario gabinete, o en vuestra foránea choza. La conversación mundana parece que hace huir a los espíritus; mientras que cuando uno está solo, si sabe estarlo, en aquel silencio de que habla Maeterlinck, sostiene el más interesante de los diálogos, el diálogo de las almas del universo, con el universo de las almas. Y así como en una límpida noche de verano tropical contemplamos en el cielo la infinidad de las estrellas, así en estos transparentes silencios de la Soledad, vemos cubierto el mundo de las infinitas estrellas—de las linternas de las almas: focos espirituales de los que viven y focos espirituales de los que han muerto, pues si el mundo está lleno de pensamientos, es porque está lleno de almas impercederas; y todas brillando silenciosamente, con una fulguración multicolora de flores centelleantes, en el más animado y silencioso de los diálogos, sobre el fondo de luz cenicienta del eterno, universal Dolor. Es la rica floración de primavera saliendo del negro estiércol de la tierra: las rosas de la belleza matizando el gran manto trágico: tal así como la flor que rinde su alma en una gota de esencia, bien así como la estrella que da su alma en un rayo de luz.

Toda la obra de los grandes pensadores, es decir, de las almas que han pensado mucho, es afirmación del Dolor. La prueba evidente de la ubicuidad del Dolor, es la ubicua presencia del Misterio.... Y toda la actividad de los seres induce a la exploración del Enigma: pues vemos cómo las lámparas a media luz, que son sin duda las más penetrantes, con sus completos colores y modos de irradiación, buscan la realidad central por los diferentes rumbos del arcano y nos arrastran en ese vuelo circular de peregrinación, en que las almas se guían incesantemente unas a otras, por senderos distintos; atravesando ahora risueña y verde pradera floreciente

de margaritas, ya por estrechos caminos que flanquean en espiral dantescas montañas, ora por ventisqueros andinos en que reina la tormenta y las nubes perennes forman la noche. Y guiadas o guiadoras, este es el eterno, variado viaje de las almas.

Y al guiarnos, el alma, todas las almas, están diciéndonos al oído, cómo es necesario, para que la vida sea fecunda, noble y bella, que ajustemos nuestra conducta a la actividad del espíritu, que dejemos a Psiquis modelar nuestro cuerpo. Los grandes focos no solamente lo modelan, sino quieren modelar con toda violencia las almas y los cuerpos de los otros: causa de fracaso. Las almas de media luz se contentan con modelar su conducta: actuación generosa que tiene la virtud del ejemplo y la enseñanza; los candiles ni obedecen ni enseñan, y pretenden modelar su alma por el cuerpo, deformándola con extrañas convenciones, que ya no son perniciosas, sino inútiles.

Veis en los ojos del niño cómo hacia todos lados voltea su lamparita, sin tener aún completo el buen aceite de la vida: así la muchedumbre adolescente se resiste primero a la lógica y a la necesidad; después olvidadiza, resignada, sometida por la costumbre, se tranquiliza, rumia en lo inesperado y en la ilusión rudimentaria. Por eso comprendéis cómo el éxito de los grandes hombres está en el punto de coincidencia — modificando un poco la teoría de Emerson — entre su poder de ilusión y la ilusión confusa de la muchedumbre. En ocasiones, esa coincidencia tarda: en otras es inminente. Ambas coincidencias forman el progreso, que no es en realidad sino una serie de ilusiones. Cada hombre de media luz tiene la conciencia categórica de esto y se guarda bien de admitir en toda su latitud la palabra y el hecho *progreso*. Henry George ha escrito un libro titulado *Progreso y Miseria*: vosotros que tenéis ojos, mirad cómo va la miseria dentro del progreso de vuestro tiempo.

Pero Emerson, espiritual americano, aplicando a la vida el milagro ilusorio de la gruta de Kentucky, dice: *Debemos contentarnos con ser agradados, sin analizar curiosamente la causa*. No conozco nada tan difícil como eso: hasta el público somero que presencia muy entretenido un espectáculo de prestidigitación, siente con fusamente cómo aquello no es digno del alma; y cuando entra en su casa ve con cuánta mayor y más dolorosa energía surge ante su lamparita el misterio de la vida. Y es que tarde o temprano, el hombre—aun en su más rudimentaria situación

## SALOME

Salomé, Virgen Loca: en un lírico anhelo  
se retuerce tu cuerpo electrizado;  
y clama de tus formas un placer recatado  
con un trueno de ritmos que se levanta al cielo.

Toda la ciencia infusa de las ansias en celo  
se escorza en tus pupilas; y un ímpetu vedado  
se cubre con la púrpura del ritmo complicado  
mientras tu cuerpo vibra sin la piedad de un velo....

Ya se incendia la escarcha de tu carne en el plinto;  
ni reparas que, el fuego de la vida ya extinto,  
se apagó la salvaje fiereza del Bautista;

Y besando la yerta cabeza destroncada,  
monstruosamente gozas agitando en la nada  
tu talle en un transporte refinado, de artista....

Palmón Estilita

Quito—1925

—necesita comprender cómo las hermosas nubes que el sol occiduo tiñe con escarlata y el sol levante colora de rosa, traen consigo el beneficio de la lluvia y no se quedarán en las maravillas pictóricas del crepúsculo vespertino y del amanecer: tal como todo hecho, aspecto, idea o ilusión de la vida, ha de destilar, inevitablemente, una lágrima. De otra manera, ¿cómo sería *la vida tan dulce cual el salitre*, según la propia palabra de Emerson?

La eficacia especial de cada lámpara determina que la emoción del acto sea la misma en el limpiabotas, en algún ministro, sacerdote o versificador, si es sincera, que en el Mariscal Oyama durante la batalla de Muckden, o en el Libertador Bolívar trepando a los Andes, o en José Gregorio Mo-

ragas al firmar el decreto de redención de los esclavos: el general japonés ve por medio de su intenso foco, prendido a la realidad central como un zarcillo a una oreja, el destino de Nipón glorioso, triunfador, engrandecido: el general venezolano ve la emancipación de América como *la esperanza del universo*: y el redentor de siervos, al escribir su firma en el papel, miró sin duda cómo se iba modificando el esqueleto fosforescente de toda una raza sujeta al dolor del látigo cristiano y del esfuerzo sin remuneración. Probablemente, la Cruz Roja no más vió la luz cenicienta del esqueleto en la terrible guerra del mundo.

José Austria

## CAMILO EGAS, PINTOR DE LA RAZA INDIA.

**C**AMILO EGAS que supo, atraer no hace mucho, las miradas de la crítica europea, con la exhibición de cuadros en París, recibiendo más de un aplauso de reputados artistas y despertando más de un espíritu cosmopolita a la emoción de una belleza totalmente nueva y a la ignorada sensación de la vida de nuestras altiplanicies; hoy, en Quito, la capital ecuatoriana, ha desnudado su espíritu audaz ante el público y, así, adámicamente lo ha expuesto, sonreída la boca y cruzado de brazos su genio....

Diez días ha permanecido abierta la Galería, en esta ocasión verdaderamente *Egas*, porque en la de agosto último, lo que menos asomaron fueron el talento y la capacidad del joven pintor.

Cuando la apertura, las muchachas que fueron al vernissage, unas dijeron *bonito* y otras se quedaron calladas; estas le entendieron. Los hombres: *muy bien, estupendo, formidable, «brutal»*....

Y bien, no es caso de entenderle ni de no entenderlo. Es caso de seguir sus pases en su marcha lenéica y hacer un alto frente a cualquier campo de pelotera bolchevista, consigo mismo y los elementos extraños, para admirarle.

Vive su espíritu en un eterno devenir, paralelamente al devenir del arte, enfermo de inquietud. El artista de ayer no es el de hoy y el de hoy seguramente no será el de mañana. De aquí allá, viaja en busca de la ruta definitiva que le llevará al ansiado término.

Fraile menor de los ateliers, de las escuelas, de las academias, de los museos, en sus claustros hizo la ofrenda de sus reverencias, de sus torturaciones, en flores de exquisitez; contó sus quimeras ante los *dióces*, sus *inhellos* de conquista, el despertar de sus mundanas inquietudes y el claror del crepúsculo rojo que el destino preparaba en su alma, y fueron faltos por las que se castigó como un varón del yermo, sujetándose a todas las disciplinas estéticas y de técnica que mandaban los sempiternos ritos; hasta que, no pudiendo más, optó el *oyval* de los libres por el sayal del monaguillo, y desde entonces la bomba marinettiana no ha cesado de caer, arrojada por su mano amigüica, sobre los ateliers,

sobre las escuelas, sobre las academias, sobre los museos.

Provecho de aquellas enseñanzas y las posteriores recibidas durante su peregrinación artística, son esos principios básicos de toda doctrina estética, esas cualidades que correlacionan la labor del artista y la obra empeñada en realizar y ese fecundador espigamiento en innovaciones y descubrimientos de maestros y profesores, que, en el caso de Egas, se resuelve en una pequeñísima parte de su bagaje, porque Egas, antes de darse a la loca empresa de manchar lienzos, parece que hubo de verse primeramente así mismo y, posesionado de su yo, tomar el fruto de sus asimilaciones, transformándolo al través de la alquitarra de su temperamento formidable y a la luz del genio que es suya, en una obra sustanciosa, viril y originalísima.

En la última exposición de sus cuadros, todo espíritu verdaderamente analizador habrá gustado sin duda detenerse más en la contemplación de sus indios, no por todo lo exóticos que parecían, sino por que en ellos se ha de encontrar, palpitante y claro, el



Desnudo (Zimbico)



Desnudo

genio del pintor, su revelación de la raza más allá de la morfología vulgar, en el pasado grandioso, imperial; en el tiempo que no ha pasado, que existe vivo en el presente, pese a las denominaciones de pretérito y futuro; porque el fusto del Gran Inca no ha muerto y permanece intacto y solamente oculto bajo la piel manchada de barro de nuestros indios que pasean en miseria y su tristeza dentro de una ciudad que les es extraña.

De ahí sus indios de expresiones trágicas, grandiosos, mayestáticos, en toda su miseria corporal y su pauperrismo de inteligencia fronterizo casi con la idiotez, fruto de un inmemorial tiempo de esclavitud y alcohol.

El pincel de Egas pinta en el fondo de la raza, sorprendiéndola en los caminos del Sol. Por eso no se ha de ver sus indios con el objetivo de la cámara fotográfica. Dentro del expresionismo caben sus estampas de gladiadores del páramo. La idiosincrasia del indio de nuestras montañas y nuestros campos, el aire que respira, el pasado que lamenta solo con su corazón y en la vasta soledad de la naturaleza: todo eso es rudo, fieramente orgulloso, y tiene una expresión indudable de grandeza.

A la luz de los ocasos, sobre las agrias

cinmas de los montes, hay crispaciones raciales de despecho y odio.

Tal el modo como Camilo Egas sorprende al indio ecuatoriano, y tal lo pinta: he ahí el secreto de su técnica. ¿Erraremos en el juicio?: con ello sólo queremos afirmar su sinceridad, y al decir sinceridad, decir también seriedad, porque Egas, ante todo, es serio: en la intención y la obra.

No es la manchita de color que halaga los ojos—seducción fugitiva de brillo—ni la nota graciosa y la figura bonita: arte para embobar a la chiquilla que le emboba la luna.

Creador y no hábil.

Huyendo del arte de sótano de los museos, ha echado sus motivos al sol y el aire, con viril arrogancia.

El amaneramiento y esa delicuescencia de colores tan comunes en los cuadros de nuestros artistas, no encontraréis en la paleta de Egas. Lívida en el paisaje, terrosa en las masas monstruosas de sus indios, posee un colorido firme, que unido a lo arquitectónico de la composición, en un resaltamiento victorioso de volúmenes, constituye en el lienzo un conjunto de formas y ritmos poderosos.

¿Cubismo?: bella y saludable reacción, en provecho del arte y la literatura, que ha lanzado las bases de un castillo que se levanta indefinidamente.

Por las *“routes absurdes”* va Guillaume Apollinaire, jinete en el potro de su sed infinita de todos los infinitos; del taller de Picasso salen risas de mujeres y Max Jacob toma actitudes de druida. Los secundones del movimiento rastrean a Apollinaire por el papel confetti de colores inverosímiles que va arrojando sobre la vía, ponen la oreja sobre la puerta del taller de Picasso o se entretienen en copiar las posturas de Max Jacob. Del otro lado de la penumbra, incita a crear la cálida palabra del apostólico varón de Wilde. Recordemos lo que dijo: un libro no es moral ni inmoral; un libro está bien escrito o mal escrito; y: no hay buenas escuelas ni malas escuelas; hay sólo buenos escritores y malos escritores; lo cual, extendido al dominio de la pintura, haría decir: un cuadro está bien pintado o mal pintado, y solamente hay malos pintores y buenos pintores.

Y a esta clase pertenece Camilo Egas.

**Manuel Crespo O.**

Quito, Setiembre de 1926



## EPIFANIA DE LA LUZ

**D**ESPUES del caos, las tinieblas no habían desaparecido por completo. Lleno estaba el Universo de sus gasas húmedas y téticas, como amenazando ahogar el pálido resplandor de planetas y luceros.

Los dioses del Olimpo que a veces treabrian una ventana de oro, engastada de regias pedreras, y se asomaban a mirar la gran penumbra que envolvía a la Creación, no se dignaban pensar en lo que podrían servir tantos astros desolados girando al rededor de la Morada Divina.

Una vez que Júpiter, el prodigioso autor de tanta maravilla, contemplaba el paisaje infinito y sombrío, a insistencias de la seductora Latona, dibujóse en su semblante un gesto de impaciencia y brotaron de sus labios frases encendidas en la brasa de un corazón generoso pero cruel, paternal pero vengativo.

Observó Latona:

—Señor, ¿os arrepentís de vuestra obra?

—No, Latona. Era necesario que de mi mente salga el Universo para mayor gloria de mi poder. Necesitaba de esas luces. Ellas son las antorchas precursoras de los mayores bienes que puedo otorgar a la Vida.

—Pero esa penumbra, ese piélagos de sombras me horrorizan! ¿Por qué vuestra bondad paternal no envía un rayo de luz a esas tinieblas? Oh, cómo se verían esos astros tan hermosos!

—Blasfemáis, señora mía. Vos no podéis intervenir en mis hondos designios. Las obras de mi voluntad consultadas han sido con la razón y la sabiduría.

—¡Señor, ...! No he pensado herir vuestra bondad ni profanar los secretos dominios de vuestra sabiduría.

—Escuchad, Latona generosa: si la luz vivificadora de mi benevolencia descendiera hasta esas sombras, no tardarían en florecer cosas tan bellas que inquietarían la atención de mis hijos.

Cerróse la ventana del Alcázar, y el Universo, que había recibido una caricia perfumada de luz, volvió a su penumbra aterradora.

Latona, al retirarse, meditaba en las últimas palabras de Júpiter.

Una vez, como nunca, abrióse rápidamente una portezuela olímpica, volviendo a cerrarse de la misma manera. ¿Qué sucedía entre el Universo y el Olimpo? A la tenue luz de los astros vióse descender a una diosa. Era Latona que se escapaba del Alcázar Divino.

Su silueta luminosa dejaba una estela blanquecina al alejarse rauda ayudada por invisibles alas. Cuando creyó conveniente, detuvo su vuelo cerca del más cercano de los luceros. Despojóse de un manto que escondía sus transparentes vestidos reales y lo lanzó al espacio.

—¿Qué astro escogeré para nido de mis ilusiones y esperanzas?

Y su voz melodiosa repercutió en las sombras extáticas como una dulce cantinela de amor.

Algunos segundos hollaron sus plantas la dureza y frialdad del primer cuerpo celeste. Disgustada, volvió a emprender su vuelo hacia un astro que despedía fulgores sonrosados. Cuando hubo llegado, exasperáronle sus vastas regiones de roca calcinada y la abundancia de gases asfixiantes.

La búsqueda del planeta o la estrella amiga que debía ser el testigo del fruto de sus amores, fue larga y penosa. Cansada ya, descubrió un planeta que se divisaba apenas en las sombras. Y exclamó:

—¡Allí, allí me ocultaré!

Y en un momento llegó a la Tierra. Era el planeta más joven y más bello que palpaba en el pecho del Misterio.

La suavidad de su suelo, su aire perfumado y tibio, sus lomas que parecían inmensos zafiros guardados por las tinieblas avaras, y sobre todo por encontrar allí el manto con que se disfrazara para huir del Olimpo, le obligaron a exclamar complacida:

—¡Sea este planeta la cuna del mejor de mis hijos!

Como se sintiera cansada, recostóse sobre el manto. No tardó en apoderarse de ella el hábito de Morfeo. Y como nunca tuvo sueños extraños: Veía, asombrada, surgir del seno virgen de la Tierra seres vivientes que no eran del Olimpo, pero que tenían los mismos dones de vida, y ante sus ojos maravillados desfilaron plenos de felicidad. Iban modulando him-

nos triunfales. Sus estrofas melódicas y vibradoras llegaban a su pecho como un caudal de dulzuras nunca sentidas y la extasiaban inefablemente. "Somos los hijos de la tierra que adoramos al Sol", decían. Estas palabras inesperadas habían quedado hondamente grabadas en el corazón de la diosa y, al despertarse, parecían vibrar de nuevo en sus oídos.

—¡Mi hijo se llamará Sol! ¡Rendito sea él y la Tierra!—exclamó.

Latona estaba encinta. Antes de escaparse del Olimpo, había dicho para sí:

—Si Júpiter se ha negado a otorgar un bien al Universo, sea yo quien lo otorgue con su mismo fruto.

Y pensó en el hijo que llevaba en sus entrañas fecundas, en el hijo muy amado, en el divino hijo de Júpiter, para ofrenda de los espacios sombríos y aterrantes.

Viéronse, de repente, millares de luces herir precurosas las tinieblas. Desesperante fue la impaciencia de Latona. Cubrióse con el manto y ocultándose cerca de unas plantas, exclamó:

—¡Me han descubierto! ¡Ah, tierra, ocúltame que yo os daré un hijo portentoso para vuestra existencia!

No tardaron en desaparecer las luces que buscaban a la divina prófuga. La esperanza y la alegría volvieron, entonces, a ocupar el pecho generoso de Latona, que ahora más que nunca sentíase la más feliz de las diosas. Llevar en su seno un ángel de luz, una criatura que iba a liberar al Universo del mar de las tinieblas esclavizantes, era su gloria máxima.

Acercábase la hora de la mujer creadora. Latona, dolorida, recostóse sobre un lecho de hojas muy suaves y muy tibias.

—Asísteme en este alumbramiento las diosas maternas...!

Pronunciadas estas palabras, escucháronse en lo alto preludios de sinfonías exóticas. Y poco a poco las sombras que circundaban a la diosa, fueron tornándose blanquecinas. No tardaron en asomar, raudos y sonrientes, pequeños ángeles que, solícitos, comenzaron a formar una cuna muy hermosa, digna tan sólo de servir de abrigo y descanso al ser que iba a empapar al Universo con el vino dorado de su corazón beatífico.

Reinó por un momento silencio desesperante. Latona dió un grito: el grito supremo donde el dolor es alegría, donde la alegría es vida y donde la vida es eternidad: había nacido el hijo de sus entrañas. Luego, una tempestad insólita de trompetas y clarines mágicos anunciaron a los espacios la Natividad del Dios del Universo.

Cuando la dichosa madre oprimía amorosa contra su pecho palpitante el fruto divino de su corazón, creyó que toda la felicidad del Olimpo se había convertido en un pequeño querube, en cuyo cuerpo de rosa había un ligero fulgor de primavera, y en cuyos ojos se adivinaba el centro de la ventura eterna.

\* \* \*

Latona era feliz con su hijo que iba creciendo rápidamente a la par de sus encantos y sus dones. Pero a veces asomaba a su semblante la tristeza y desesperación más hondas.

—Hijo mío, no sé cómo regresar al Olimpo. Júpiter no me perdonará.

—Madre, Júpiter es la bondad. Espero tan sólo que llegue la hora de mi apoteosis para llevaros en mi carro al sitial de vuestra gloria.

—Júpiter es la suma bondad pero también la suma venganza.

—Vuestra acción no llega al delito, Madre. Una ligera desobediencia que no encierra ningún mal, es perdonada. Sólo el mal se castiga.

En esto se oyó una voz potente descender de lo Alto atravesando, como una onda de luz, los espacios todavía luctuosos:

—Latona, estás perdonada. El hijo que me has dado os ha salvado de mi venganza.

Era la voz de Júpiter.

Latona y Sol se abrazaron estrechamente, sintiendo que sus espíritus se embriagaban en el licor diáfano del regocijo.

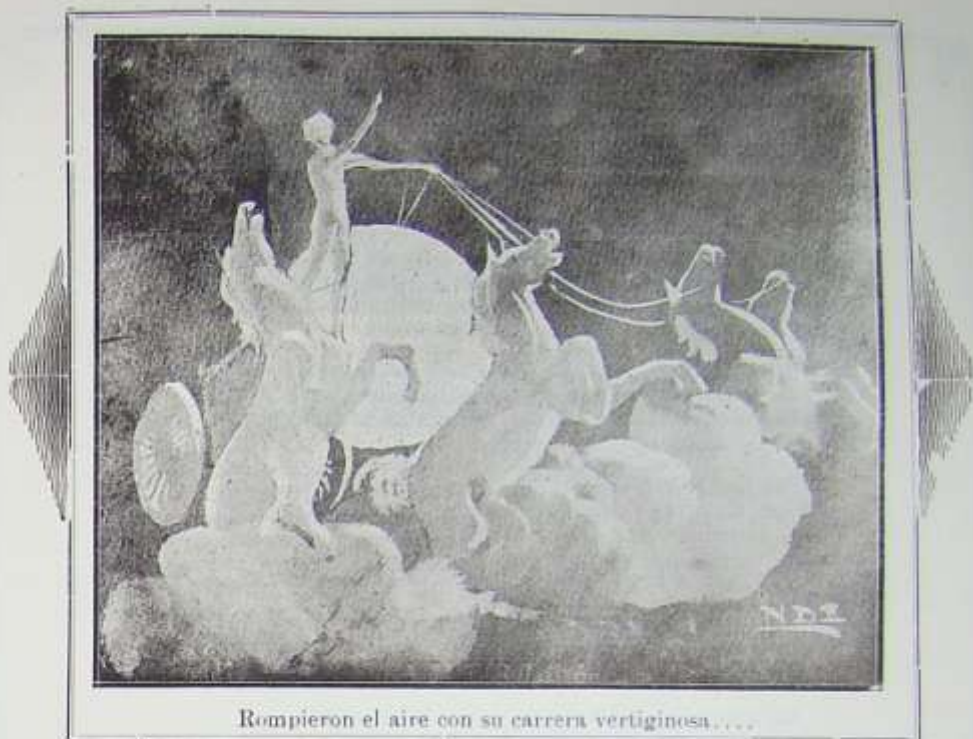
Otro día, cuando Sol había llegado a la juventud, oyeron la misma voz:

—Amada Latona, regresa ya a la morada de tus progenitores. Nuestro hijo quedará a reinar en los espacios. Suyo es el Universo. Hoy le serán otorgados sus poderes.

Arrobada, extática de emoción quedóse la diosa al ver, repentinamente, tornarse a su hijo en el dios más bello y más seductor. Su cuerpo viril y hermoso era de viva lumbre cuyos resplandores poderosos iban alejando las sombras que huían amedrentadas. Y cuando llevó su vista por el espacio, su asombro llegó hasta el delirio.

Cómo contemplaba al Universo, que nacía a la vida de la luz. Cómo llenaba su pecho la música de los astros que entonaba la canción inefable de la epifanía de la luz.

—Hijo mío, el Olimpo ha bajado al Universo o el Universo ha penetrado en el



Rompieron el aire con su carrera vertiginosa....

Olimpo. Tu grandeza me satisface y me anonada.

La Tierra que sentía florecer en sus vírgenes senos veneros de mieles desconocidos y en su faz maravillas inauditas, estremecíase como una niña que sintiera el alieno salúbrico de un ser extraño que la asiera deliciosamente.

Latona que vió, satisfecha, realizadas sus esperanzas e ilusiones maternas, preparóse a cumplir las órdenes de su Señor.

—Hijo mio, nuestros designios no nos permiten permanecer más tiempo en este planeta tan hermoso y grato para nuestros recuerdos.

—Esperaba vuestra voluntad, Madre.

El joven dios trazó un ligero signo en el aire y al momento asomaron cuatro briosos corceles tirando un carro de diamantes.

Sol, más hermoso, más resplandeciente cada vez, cogió a su madre entre sus brazos y la condujo al carro. Los corceles que los sintieron, relincharon fuertemente, y sus cuerpos blancos e impolutos se agitaban como llamas blancas. Al piafar, sus cascos de diamante hacían estremecer la Tierra, y sus ojos de rubí parecían encender el aire.

—Tierra, tierra, desde los dominios de mi reino velaré por tí. Mis mejores caricias, mis más tiernas miradas bajarán todos los días en raudales de armonías y perfumes a embellecer tu faz morena; tu faz muy grata que la dejo florida para la eternidad. Tierra, tierra, alégrate infinitamente: de tu barro, de tu arcilla milagro sa nacerá el ser que vivirá para mi dicha y para tu delicia!....

Cuando hubo terminado esta exclamación el Divino Mancebo, los inquietos corceles piafaron y relincharon nuevamente. Y a una señal de su diestra, rompieron el aire con su carrera vertiginosa y alejaronse por el vasto sendero del espacio poblado de nubes de oro, rosa y zafir.

Y aquel momento de oro, fue la primera mañana azul y clara del Universo, de la Creación que, tornada en flor de lumbre, sentía en su vientre melodioso el extraño alambramiento de una hembra que ofrece maravillada el dorado fruto de la Vida.

**Alfredo Martínez**

Quito—1926

## ANTIFONAS DE TRIUNFO

A LOS HOMBRES DE AMÉRICA

I

Salid a los jardines de vuestro yo. En la calma  
de una tarde ilustrada de claveles y rosas;  
que vuestro verso vaya con dos alas de alma  
volando por el alma dormida de las cosas.

Extraiga su secreto; traduzca su palabra,  
y en la estrofa bruñida por un áureo haz de luz  
la Emoción y el Ideal hacia nosotros abra  
sus brazos dulces como los brazos de una Cruz.

Sus brazos redentores que tienen la actitud  
de dos alas en vuelo. Poned en la armonía  
toda la escala clara de vuestra juventud.

Se extienda como la onda hertziana vuestra voz.  
Haga cada palabra despertar un día  
y el espíritu sea como un eco de Dios.

II

La mano de la Guerra su signo ha estampado  
con pedazos de arco-iris en una hoja de luto;  
haced de cada espada una esteva de arado;  
haced de cada lanza un árbol que de fruto.

Que en el trabajo el bicep robustamente se hinche,  
y que la vida cante la canción del esfuerzo,  
y que el Potro del Crimen se encabrite y relinche  
fuertemente domado por la brida de un verso.

Yo he visto derramarse una rubia cascada  
de sol a cada golpe de vuestra vieja azada.  
Vosotros en las manos lleváis todo un Abril.

No desprecies la rosa, la canción y la mies  
que se te ofrecen. Hombre de una estirpe viril:  
el mundo se arrodilla para besar tus pies!

III

Sobre la caravana de nuestros albos montes  
iremos hacia el Triunfo con ágil pie seguro;  
los ojos taladrando los cielos del futuro  
con el ansia en la mano de amasar horizontes.

Derrita el agua regia del sudor todo el oro  
de nuestros campos vírgenes. Los saltos de agua hirvientes  
darán su alma a las ruedas. Se hará el cielo sonoro  
de aviones y de voces de fábricas y fuentes.

Somos la raza fuerte; nuestras fibras nerviosas  
son coma los bejuco glaucos de la montaña  
que ha perfumado el viento con esencia de rosas.

Se siente en nuestras manos el suave olor fecundo  
de la arcilla mojada; la América su entraña  
abra como un cofre de perlas sobre el mundo.

## IV

Que sea el verbo como una flor que cantara;  
no hagáis de su armonía mercado ni derroche.  
Trasmutat en estrella vuestra lágrima clara  
Y así vuestro dolor dará luz en la noche.

Su polen de astros riegue vuestra pura canción  
y caiga sobre el surco del alma la semilla;  
haced una sonrisa de cada corazón  
como el sol hace rosas de un pedazo de arcilla.

Y así tendréis el alma como un cesto lleno  
de magnolias de Mayo y libélulas de luz;  
encended vuestra lámpara y sea el mundo bueno  
y sencillo como una palabra de Jesús.

## E L E G I A

El padre de la casa ha muerto....  
Hoy le llevaron en la carroza;  
los hojos dieron lágrimas y el huerto  
dió mejor su rosa.

Lívidos espectros andan por la casa.  
El perro el silencio hiere con aullidos.  
Nadie va al mercado ni enciende la brasa.

Todo lo acabaron en droguería:  
hoy día  
nadie va al mercado ni enciende la brasa.  
Va a morir de astenia su mejor hija.  
Ayer llevaron a la prendería  
la última sortija,  
el reloj de mesa y hasta los espejos.

Y busca y busca la absurda mirada  
que llevar hoy día...  
Oh los muebles viejos! Oh los muebles viejos!  
ya no valen nada.

La hermana mayor cogida de sus hermanas  
más pequeñas mira sin rosas el huerto  
y gimen al ver como las campanas  
que lloran, no lloran por el recién muerto.

Miguel Angel León

## El Rubaiyat de Omar Khayyam

Astrónomo y Poeta Persa

Traducción en verso castellano libre,

por CAYETANO COLL Y TOSTE

### XXXV

En duda tal, pedí a una pobre copa  
Terrestre, cuál era el secreto triste  
De mi vida? — Me dijo, labio a labio:  
— «Mientras tú vivas, bebe!, siempre bebe!  
Porque, una vez ya muerto, nunca, nunca,  
A la misera tierra tornarás!»

### XXXVI

Pienso que el vaso, que, con tal acento  
Fugaz, me contestó, temido ha vida,  
Y gozado ha también. Su labio frío,  
Que ya besaba, cuántas, cuántos besos  
Hado haber recibido cariñoso,  
Y, a su vez, cariñoso pudo dar!

### XXXVII

Porque recuerdo, yendo de camino,  
Vi trabajando a un alfarero inculto,  
Golpesado duro la mojada arcilla;  
Y el pobre barro, con su lengua apresa,  
Contestaba a los golpes del maestro:  
— «Os ruego, hermano, dulcemente des!»

### XXXVIII

Y bien! La vieja historia así, nos cuenta  
Que fué el origen de la gente tola  
Acá en la tierra, en marcha sucesiva:  
De un pelotón de barro humedecido  
Hizo el Creador al hombre, modelando  
En pobre arcilla, ay!, la humanidad.

### XXXIX

Mas, dejemos rodar de nuestras copas  
Las robucundas gotas de ambrosía,  
A fin de que la tierra se las beba,  
Pueden llegar rodando a oculto sitio,  
En donde encuentren secos desgraciados  
Y el fuego de su angustia mitigar.

### XL

Así, cual la magnolia, en la mañana,  
A sorbos bebe celestial rocío,  
De la tierra mirando para arriba,  
Haz tú lo mismo, ay!, devotamente,  
Ame a tu gusto, bien tu copa escancia,  
Hasta, cual áfura vacía, vacer!

### XLI

No estés perplejo con el cielo y tierra,  
Abundosa ese estado del mañana  
Al curso natural de tantas vientos;  
Y tus torneados dedos, perfumados,  
Hazlos perder entre las finas trenzas  
Del ciprés débil, del licor guardián

### XLII

Si el vino que, a placer, tú bebes hora,  
Y el labio que, a placer, hora comprimes,  
Y todo lo que empieza ha de morir,  
Entonces, pienso, que cual hoy tú eres  
Fuistes ayer, sin duda, y que mañana,  
Mañana, menos no serás, pardíes!

### XLIII

Y, cuando el ángel de la muerte llegue,  
Y te lo encuentres al cruzar el río,  
Y a tu alma ofrezca el misterioso néctar,  
No retrocedas! Si a beber te invita,  
Adelanta, y, tus labios aplicando,  
Presto apura la copa del licor!

### XLIV

Si el espíritu puede despojarse  
Y cabalgar desouido por los aires,  
No resulta esta vida una ignominia?  
 Sujeta el alma a un barro, en esqueleto,  
Vergüenza y más vergüenza para el hombre,  
Habitar en tan misera armazón!

### XLV

Mas, he aquí, que la vida es una tienda  
Donde reposa, sólo, un breve día  
El sultán, en su viaje peregrino  
Al reino de la Muerte; se engrandece:  
Llega Ferrásh, el tétrico, golpea,  
Y a un huésped nuevo da la habitación.

### XLVI

Cerrando nuestra cuenta de la vida,  
Sin temer a otras cosas, por supuesto,  
De nuestro solo amor conoceríamos!  
Y el Eterno Sakí, de cuya taza  
Se vierten por millones las burbujas,  
Iguales a hombres, más derramará.

### XLVII

Y, cuando tú y yo estemos enterrados,  
Y tras el velo misterioso ocultes,  
Y girado, ay!, la tierra mucho tiempo,  
De nuestra vida y muerte, quién se ocupa!....  
Se ocuparán, no dudas, de nosotros  
Lo que se ocupa del gajjarro, el mar!

### XLVIII

Parada de un momento; ensayo corto  
Es la Existencia; cual arroyo pobre  
Que mana escosamente en el desierto,  
Y allí mirad! La caravana falsa  
Llegó, por fin, al punto de salida:  
La Nada se establece; caminad!

XLIX

La lentejuela de esta corta vida  
Quiéres gastarla en busca del Secreto?  
Pues ronda presto, amiga en torno ayo!...  
Acaso, sólo un pelo es quien separa  
Lo falso de lo cierto. Si no es eso,  
Entonces, ay! de qué dependerá?...

L

Un cabello, quizá, es quien divide  
Lo incierto y la verdad: más, quién lo sabel  
Será tal vez un simple Alif el guía,  
Y tú, feliz, podrías hallar el pelo,  
Y topas con la casa del tesoro,  
Y, por suerte, también con El Señor.

LI

Cuya secreta y singular presencia  
A través de lo creado, como azogue  
Corre, sin mitigar nuestros pesares  
A veces a Maji, por formas tomo,  
A veces toma por modelo a Maji...  
Y todo cambia y muere; mas, queda El!

LII

Pensemos un instante cual los magos:  
Entonces, al redil lo cubren nieblas  
Y el drama de la vida se resuelve,  
Mientras la esfera gira. El movimiento,  
Es de la eternidad recreo y pompa...  
El lo crea todo, siendo el Director.

LIII

Es vano esfuerzo, con un piso duro  
Sobre la tierra, y con portón cerrado  
Arriba, pretender entrar al cielo!  
En tanto tú seas tú, en hoy detente,  
Como después lo harás en el mañana.  
Y qué harás, cuando tú no seas ya más?

LIV

No gastes mal tu tiempo en tal pesquisa  
Ni en el empeño de disputa vana.  
En porfiar si esto fué, o bien fué aquello.  
Mejor estar alegre con el zumo  
Sabroso de las uvas, sin tristezas,  
Y los frutos amargos no buscar.

LV

Sabed, amigo, hace mucho tiempo,  
Yo tuve nuevas bodas en mi casa,  
Y celebré con fiestas mi divorcio!  
Me separé de la razón estéril,  
Y tomé para el lecho, por consorte,  
A la hija cariñosa de la vid.

LVI

Aunque defino con muy buena lógica  
El arriba y el abajo; y bien explico  
Ser y no ser, con reglas y con líneas;  
Y todo, con cuidado he sondeado;  
Profundo soy en una sola cosa:  
En la cata del vino y su virtud.

LVII

A pesar de mis cálculos profundos  
Y otra vez registrar el calendario  
Para llevar el año a cuentas nuevas,  
Yo tengo conseguido, solamente,  
Un mañana dudoso, no nacido,  
Y el pasado, ya muerto, del ayer.

LVIII

Ayer, por el portón de la taberna,  
De par en par abierto, vino un ángel,  
Que apareció brillante en la penumbra,  
Trayendo una ánfora en sus bellos hombros  
Y me invitó a gustar su contenido:  
Era el divino jugo de la vid!

LIX

De la vid: cuya lógica absoluta  
A las setenta y dos discordes sectas  
Bien puede refutar. El hábil químico,  
Que soberano puede en un momento  
Este mezquino plomo de la vida,  
Con su magia, en oro, transformar.

LX

Fuerte señor, de Aláh soplo divino,  
Disipador del miedo y las desdichas,  
El caudillo que vence con su alfoje  
Resplandeciente, a la horda tenebrosa,  
Que vive en el error, y con sus miasmas  
Pretende nuestras almas infectar.

LXI

Por qué razón, tan dulce jugo, grato  
Fruto de Dios, es maldecido entonces?...  
Por qué razón estos sarmientos curvos  
Se consideran como fuerte trampa?...  
Es una gracia? — Pues, gocemos de ella!  
Es un castigo? — Quién lo impone, pues?

LXII

Acaso debo renegar del vino,  
Bálsamo de vida, por cuenta nueva,  
A crédito cogida y no pagada?...  
Con la esperanza de un divino zumo  
Para llenar mi copa cuando ruede  
Demigajada, al fin, en el no ser?...  
...

LXIII

Dejemos amenazas del Infierno  
Y esperanzas, tal vez, del Paraíso! ...  
¡ardiez! Sólo sé una cosa cierta:  
Se va la vida: lo demás, mentira! ...  
Y la flor, que una vez ha florecido,  
Eternamente y para siempre fué!

LXIV

Extraño, no es verdad? Que de los miles  
Y miles, que han pasado ante nosotros,  
Cruzando por la puerta del Secreto,  
Jamás retorne alguno, para darnos  
Noticias del sendero recorrido,  
Camino que debemos recorrer.

LXV

Y del Profeta la doctrina pura,  
Revelación divina que nos diere  
Y que inflamó los pechos en su llama,  
Es toda cuento y fábula caeste ...  
Sus camaradas levantó del sueño.  
Para de nuevo al sueño retornar.

LXVI

Envíe mi alma a través de lo invisible  
A descifrar el fuego de la vida.  
Y parte del enigma comprender:  
Y, de segunda, retornó mi espíritu  
Y contestóme: —Yo, yo mismo soy  
Cielo feliz o infierno destructor.

# DE LA VIDA

Las bombillas de luz de la taberna iluminaban un cuadro de alegría desbordante.

Y el chocar de las copas translúcidas como un pensamiento bueno; y el rebotar en ecos claros de las palabras entusiastas y cálidas; y el cascabeleo creciente de la risa; y el acento de la guitarra, temblante y ronco; toda aquella alegría movible y luminosa acentuaba en el espíritu de la mozallada un dejo de locura, de una locura que realizase la maravilla de extravasar todos los entusiasmos y todas las alegrías.

Y al influjo del licor espumante, del rubio licor en que adormece la ola turbia de la tristeza inevitable, surgía el ditirambo, el elogio apasionado del amor, de la juventud, de la vida, que se desbordaba entre irrisaciones de ensueños y cabrilleos de esperanzas.

—“Por ella, por esta hada mágica que es la vida,—dijo uno de aquellos jóvenes, poeta del optimismo festivo y luciente. Por todos nuestros ensueños generosos; por la jarifa belleza de la mujer amada, de tibias redondeces y perfumes que embriagan; por el santo loto de los olvidos de

nostalgias y melancolias; por nuestro cielo en que tiemblan los diamantes de las estrellas; por nuestro rendido vasallaje a la Naturaleza múltiple y exúbera; por la sana irrupción del viejo amor, y por nuestro optimismo triunfal; libemos esta copa de nitideces ambarinas, y hagamos rebullir en nuestro espíritu, como un fermento iconoclasta, la savia jocunda y victoriosa de todas las altiveces. ¡Salud!”.

Y en aquel deliberado florecer de pensamientos rútilos, en aquel hervor de alegrías ponderadas y exclusivas, debía haber algo de artificioso, algo fuera de toda lógica, como en las concepciones que pretenden cegar las fuentes mismas de la vida. ¡Como si fuese posible romper el ritmo no aprendido, la sabia proporción de júbilo y tristeza, de amor y de odio, de nostalgia y recuerdo, que emana de ella misma! Había en todo esto una inexperiencia banal, un prurito muy cercano a la obsesión, un señuelo inútil que debía desvanecer la más leve realidad....

Pero la embriaguez de la dicha fingida iba en aumento. Y derivaba ya con absurdos lineamientos sicalipticos, hacia la sima de un sensualismo hirviente y rojo; del que volvieron por la presencia inesperada de un viejo bohemio, de tez perfilada,



Vista de la ría y el Puerto de Guayaquil.—Ecuador



ojos desvaídos, aliento aguardentoso, que llegaba tambaleante, con la incurable lacería de inmensos desengaños y congojas ciertas en el alma, astroso y lívido como una sombra de sí mismo.

Y pidió de beber. Y hubo en su acento una temblante súplica llorosa, exacerbada por un cúmulo de recuerdos de su vida aventurera y errátil. El tabernero ensayó un gesto de reproche para el nocturno viejo que ambulaba su beodez y sus penas, mendicante, en busca de lenitivos, de licores fuertes que adormeciesen, que soterrasen quizá su viva y sangrante amargura...

—“Si no me das por las buenas, me darás por la gracia alada del arte exquisito que llevo en mis manos, en estas manos sarméntosas y exangües, y en mi espíritu de atormentado”—prorrumpió el pobre viejo. Y punteó la bordona. Y pobló la tenducha de acentos cambiantes y vibrátiles: aligeros y nerviosos en el vértigo de los pasillos; lentos y majestuosos en la ingravidez de un vals; y agudos, tristísimos y dilacerantes en la angustia de un yaravi. Era su fuerte la música incaica. Y en ella ponía su alma, su alma rota por el infortunio, en vibraciones que eran suspiros lánguidos, que eran quejas, que eran sollozos lastimeros; y que, por el virtual impulso emotivo, se tornaban luego en gritos entrecortados, incoherentes, penetrantes, que lindaban con el espasmo y la locura.

Se diría que un gesto de suprema aflicción velaba su rostro, deformándolo.

E invitado por la chiquillería, el viejo apuraba a grandes sorbos, en un ciego e irrazonado afán de inconsciencia, las frías turbiedades del licor...

Y, medio languidecido, medio titubeante habló de su vida:

—“He sido todo—dijo. La turbulencia de mis años mozos fue coronada por laureles de triunfo. El amor me ofreció todas sus mieles. Y el oro fue el talismán de mis conquistas locas.... Ningún pensamiento mío quedó en los lindes del deseo; antes bien cristalizado fue y hecho realidad viva. Renni afectos e hice amigos a cuantos quisieron agruparse en torno mío, merced a mis favores y larguezas. ¡Ah, mas todo aquello dejaba en mi espíritu un sedimento de insatisfacción y el *tedium vitae* ponía en mi cuerpo las fláxides del cansancio... Probé todos los climas. Conocí la desilusión de los anhelos realizados. Me harté de la fugacidad de la dicha.... Y el descenso empezó. Luego se abrió a mis pies el abismo del deshonor y la pobreza. Y abatido hoy, inerte, sin fe y sin las piedades de un cariño, arrastro mi dolor en pleno desamparo, sin más amigos que mis recuerdos y mis lágrimas....”

Y por su faz rugosa, iluminada por toques de inspiración, de elocuencia peritísima hecha de reminiscencias y gemidos, rodaban gruesas lágrimas acerbas... mientras la implacable sierpe del dolor mordía el alma de los jóvenes, rompiendo la pura belleza del optimismo y del ensueño....

S. José M. Leoro

Ibarra—1926

## ECONOMIA y PLACER

verdadera ECONOMIA Y PLACER tendrá Ud. si concurre a

### “La Europea” de VICTOR M. IZA

y aprovecha comprando la siguiente Perfumería que ha resuelto vender a precios increíbles, por Pascuas de Año Nuevo.

**Perfumes finos:** Geranio, Trébol, Jazmín y Rosas a \$ 2,50 onza.

**Aguas de Colonia:** Orquídea, Lilas, Colibrí y Lubin \$ 1,30. onza.

**Lociones:** Glorias de París, Enigma-Ciclame y Heliotropo de Coty, Sola Mía, Dulce Francia y Violetas a \$ 1,50 onza. Pompeya a \$ 1,20 onza; Bay Rún y Tónico Oriental a \$ 1,00 el frasco.

**LOCAL: Guayaquil y Mejía**

## BIBLIOGRAFÍA

## La Sandalia del Peregrino

POR

Victor Hugo Escala

El misterioso y lejano Oriente, el formidable y, felizmente, amodorrado mundo asiático, pese a las febriles actividades modernas, sigue y seguirá sugestionando a los occidentales como un inmenso y fulgente ojo hipnótico, poderosísimo en efluvios magnetizadores.

Es el eje al rededor del cual giran todos los interrogantes de la Historia; el amplio y denso cortinaje tras el que se ocultan las soluciones de los enigmas que obsesionan al hombre; la fuente perdida en la espesura desenmarañable de los siglos, de la que apenas llega hasta nosotros un tenue hilito de esa linfa pura que se llaman las ciencias psíquicas.

Impasible, hierático como la faz de sus dioses, hace difícil este Continente perfilar con nitidez sus rasgos. Tanto ostenta, y de tal manera paradójicos que es lo mismo que si no los tuviera. Y luego, carece del gesto peculiar que revela las pasiones internas, los íntimos anhelos y las profundas convulsiones y transformaciones. Liso como terso cristal, no ofrece firme asidero para las conclusiones sapientes de los investigadores.

Pero, para el artista, para el impresionista que, sin detenerse a profundizar en las entrañas inconmensurables del misterio, quiere sólo aprisionar alguno de los destellos de ese ojo hipnótico, el Asia es el arca de intensas emociones.

Sólo que el artista, el impresionista ha de serlo en alto grado, ha de poseer fina percepción, a la vez que excepcional originalidad para, saltándose del gastado cromatismo de viajeros diaristas, ofrecer el realismo, palpitando psicología, sin despojarlo del ambiente extraordinario que lo envuelve, sin arrebatarle esa su esencia de misticismo y superstición diluidos en un abigarrado matiz de poesía.

Cuánto se ha escrito sobre la nebulosa cuna de la vieja humanidad. Desde el libro copioso en datos científicos, basados

en la historia y en la arqueología, hasta la crónica pormenorizada de los que la han visitado.

Mas, de éstos, no a todos les ha sido dado poner en sus páginas, junto con el colorido real de lo que han visto, la clara y sincera comprensión de lo que han admirado. Y es que en la crónica la penetrabilidad de la observación debe unirse estrechamente a la diafanidad descriptiva.

Y, precisamente por esta rara cualidad se ha distinguido siempre Victor Hugo Escala, cuya última obra: "La Sandalia del Peregrino", aparecida recientemente en Caracas, es una muestra admirable de crónicas sutiles y ligeras.

Conocíamos algunas de éstas por haberlas saboreado con antelación a los lectores de "El Comercio", periódico al que eran enviadas desde los lugares mismos en ellas descritos, para su publicación.

Al hallarlas completas, pulcramente presentadas en el cuerpo uniforme de un libro, volvieron a invadir nuestro espíritu las impresiones de entonces, y con ellas la inquieta curiosidad, la sugestión penetrante aunque remota, de ese continente de los prodigios y las quiméricas fantasías del que el autor de "Kaleidoscopio" volvía a regalar cuadros plenos de vida y romanticismo.

Alguien afirmó, en elogio a Escala, que sus capítulos posteriormente dados a luz, bien podrían ser suscritos por Loti o Sagarí.

Nosotros, modestamente opinamos que, sin ser menos sugestivas y psicológicas que las páginas maestras de "Las Desencantadas", puesto que también encierran sentenciosas consideraciones sobre la ética social asiática, particularmente en lo que a la mujer se refiere, ya sea la bayadera de la India o la geisha del Japón, las crónicas de "La Sandalia del Peregrino" llevan, como las de "Kaleidoscopio", el sello característico, personalísimo de su autor.

No es novelista Escala, aunque posea cualidades para serlo, como, por ejemplo, la observación perspicaz. Es un "aimable causeur", elegante, ameno, que, atento siempre a explicar sencillamente el principio de ciertas cosas, sabe mezclar en sus gratas narraciones la oportuna digresión filosófica, impregnada de delicado sibaritismo.

Y por, esto, su palabra fluye espontáneamente, salvando con gracia los escollos con que tropieza la pulcritud literaria en las descripciones geográficas o panorámicas, descripciones, por otra parte, muy suyas, hechas con los pinceles de su fresco recuerdo y animadas por el entusiasmo de su admiración. Y he aquí una razón por qué no podría sentar bien la firma de Salgari en los cuadros de Escala. Este no ha calcado lecciones de historia natural ni de geografía: ha ido a tomarlas por sí mismo en los exóticos lugares reflejados por su pluma.

No queremos seguir página por página la obra de Escala; bástenos haber apuntado el efecto que en nuestro ánimo y en nuestro gusto literario ha hecho el conjunto.

El conjunto es una primorosa joya cincelada con el áureo polvo desprendido de "la sandalia del peregrino", eterno nómada en busca de lo bello.

**Jorge Luis Pérez**

*Homenaje del M. I. Concejo Municipal de Ambato a Juan Montalvo.*—El 29 de Junio de 1925, se verificó en París, a iniciativa de Gonzalo Zaldumbide, la colocación de una lápida conmemorativa en la casa donde vivió y murió el Gran Cosmopolita.

Naturalmente, en esta ceremonia pronunciaron cálidos elogios al Cervantes americano figuras prominentes de la intelectualidad franco-latinoamericana, desde nuestro Ministro ante el Quai d'Orsay, hasta M. Contenot, Secretario del I. Concejo Municipal de la Ciudad Luz.

El eco de esa fiesta llegó en ondas vibrante emoción hasta nosotros y, especialmente, hasta la I. Municipalidad de Ambato, la hidalga cuna del combativo escritor y polemista. Y esa I. Corporación resolvió recoger todos los fragmentos del espiritual homenaje y solidificarlos materialmente en el bloque elegante de un libro, cuya edición encomendó al fervoroso cul-

to de los "Amigos de Montalvo", grupo de jóvenes admiradores del Maestro.

Hemos recibido ese libro. Su portada lleva esta inscripción: "Homenaje del M. I. Concejo Municipal de Ambato a Juan Montalvo en el XCVI aniversario de su nacimiento".

Contiene el respectivo Acuerdo del Ayuntamiento ambateño; la advocación y ofrecimiento del testimonio de amor y veneración de los "Amigos de Montalvo"; la reseña del origen del acto realizado en París—del que fue el alma el crítico consagrado y diplomático distinguido, Gonzalo Zaldumbide— los discursos pronunciados en la ceremonia y la relación de ésta hecha por la prensa parisiense. Luego, con el epigrafe de "Montalvo y la Crítica", se inserta un selecto trozo del "Ensayo" de Rodó, digno y artístico pedestal de granito argentino, del monumento a Montalvo fundido al fuego de todos los espíritus selectos de dos continentes. Están asimismo, el verbo rebelde y revolucionario de Unamuno, condensado en su "Prólogo" a las "Catilinas"; y, en los "Recuerdos de Montalvo", los que de éste guarda Manuel M. de Peralta, ese aristocrático y vigoroso anciano. Ministro de Costa Rica en Francia a la vez que las claras y enérgicas pinceladas que del Marqués de Peralta trazó Don Juan, cuando lejos ambos del tibio hogar americano, comulgaban con el pan del efecto fraternal y el vino del culto a la excelsa madre, América. Y cierra este brillante desfile de escritores y luchadores Augusto Arias, con sus remembranzas del "pequeñito solar" de Montalvo, emotivas y melancólicas, como todo peregrinar al santuario que guarda reliquias venerables.

En la parte material, la edición es sobriamente elegante, desde el papel hasta el trabajo gráfico, con nitidos grabados, entre los que se destaca un busto de severos rasgos del Maestro.

A primera vista se advierte el esmero entusiasta que ha predominado en la labor. Los "Amigos de Montalvo" pueden sentirse orgullosos de haber cumplido fielmente el honroso encargo del Municipio ambateño: en su labor han tenido la cooperación, valiosa y decidida, del Director honorario de la Imprenta Nacional, Sr. Cristóbal de Gangotena y Jijón y del Regente Sr. Luis Barba, a cuyos empeños se debe también el éxito editorial que anotamos.



**ACABA DE APARECER**  
**EL PRIMER**  
**Diccionario de la Lengua Española**  
por la REAL ACADEMIA

Edición notablemente corregida y notablemente aumentada.  
Con más de 9.000 palabras y acepciones nuevas castellanas,  
1.984 americanismos y 1.586 provincialismos. En total,  
unos 13.000 vocablos nuevos.

**Renueva la redacción de los artículos**  
**Hace innovaciones ortográficas importantes**  
**Modifica etimologías**

No hay otro diccionario de nuestro idioma tan rico, autorizado  
y moderno como el que ahora presenta la Real Academia.  
Por su carácter oficial anula a todos los anteriores  
y por sus innovaciones sino lo posee está expuesto  
a los más graves errores.

**Doble tamaño que las ediciones anteriores**

Un volumen encuadernado en pasta española con lomos  
dorados y en rústica.

Pida el folleto especial que se remite gratis en su librería  
o en la de **Cándido Briz Sánchez**, de Quito.

**ESPASA-CALPE S. A.**  
Ríos Rosas, Apartado 547  
Madrid-España

# Concurso Nacional de Literatura

La revista "América" abre un Concurso Literario Nacional para solemnizar el XCV aniversario del nacimiento del Cervantes de la América Hispana, Don Juan Montalvo, el próximo 13 de Abril de 1927

## CONDICIONES DEL CONCURSO

- I.—En el Concurso pueden tomar parte todos los escritores de la República.
- II.—Hay dos premios, ofrecidos por el Sr. Presidente Provisional de la República, Dr. Isidro Ayora, para los dos mejores libros inéditos, de tema libre, que se presenten al Concurso: una medalla de oro y la publicación de la obra premiada, para cada libro.—La publicación se hará siempre que así lo pidiere el Jurado.  
Los premios se concederán al libro de poesías y al de prosa, que hubieren merecido la aprobación del Jurado.
- III.—Se considerarán como inéditos los libros de poesías que no estén reunidas en volumen, aun cuando algunas de ellas se hayan publicado en revistas y periódicos; las novelas de las que hayan aparecido algunos capítulos o las compilaciones de artículos literarios de las que se hubieran publicado algunos de ellos.
- IV.—Otros dos premios, ofrecidos por la Colonia Ambateña, se destinarán para los dos mejores trabajos en prosa y verso, respectivamente, debiendo adjudicarse a las composiciones en verso y prosa, de tema libre, que merezcan tal distinción.
- V.—Los trabajos deben venir escritos en dactilógrafo y firmados con pseudónimo. Adjuntamente, debe enviarse una tarjeta, en sobre separado, en donde se exprese el nombre del autor, lugar de residencia, etc.  
El sobre que sirva de cubierta general debe venir dirigido a los señores Directores de la revista AMÉRICA.
- VI.—El Concurso quedará cerrado el 15 de Marzo de 1927.
- VII.—El Jurado Calificador, que se nombrará en su oportunidad, dictaminará acerca del mérito de los trabajos presentados, en los primeros días de Abril del mismo año.
- VIII.—Las composiciones no premiadas que recomendara el Jurado, podrán publicarse, a su debido turno, en AMÉRICA.
- IX.—Los Redactores de AMÉRICA, de acuerdo con el Supremo Gobierno y la Colonia Ambateña, que gentilmente ofrecen los premios para el Concurso, verán la manera de realizar la premiación con la mayor solemnidad.

Quito, Diciembre de 1926

Regamos a los editores de diarios o revistas la inserción de las bases de este Concurso.

## FOTOGRAFADO de Guerrero Hnos.

Este taller cuenta con elementos modernos y sus trabajos son esmeradamente terminados. La larga práctica de sus operarios profesionales garantiza sus trabajos.

Envíenos sus originales a nuestro taller, y Ud. quedará satisfecho de la rapidez y perfeccionamiento de nuestros clisés.

Nuestra tarifa no admite competencia.

GALLE LOS RIOS, 178 (tras la plaza de la Alameda)

Dirección Postal: Benjamin J. Guerrero  
QUITO—ECUADOR

## ¡VISITE Ud.!!

EL ALMACEN DE  
CAYETANO MUSELLO  
(Pasaje Royal) allí encontrará los mejores casimires, sombreros y corbatas de las más renombradas manufacturas Europeas y a precios sumamente reducidos.

Teléfono 8-5-0

Apartado N. 351



## Francisco Alvarez Pérez

### Cirujano-Dentista

OFRECE AL PUBLICO  
SUS SERVICIOS  
PROFESIONALES

Calle Venezuela Núm. 51

TELEFONO 6-1

## "EL PROGRESO"

Fábrica de Cigarros, Cigarrillos,  
Fósforos y Escobas

### GIGARROS

Corrientes  
Princesas  
Regalias  
Vestales  
Reina Victoria  
Londres  
Señoritas  
Imperiales  
Old Boy

### GIGARRILLOS

Corrientes  
Dorados  
Full Trigo  
Full Blanco  
Full Pectoral  
Full Dorado  
Hibano  
Egipto  
Victoria

### FOSFOROS

Cotopaxi  
Oriente  
Bengala

### Escobas Extnior

Grandes  
Chicas  
Higiénicas

QUITO GUAYAQUIL

Apartado 17

Apartado 143

TELEFONO 2-4-3

Dirección telegráfica "PROGRESO"

# REVISTAS

que deben solicitar las personas que se interesan por  
la cultura Hispánica

## NUESTRA AMÉRICA

REVISTA MENSUAL  
de difusión cultural  
Americana.

Director:

*Enrique Stefanini*  
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

San Eduardo, 2521  
Buenos Aires

## Repertorio Americano

Semanario de cultura  
Hispánica, de Filosofía  
y Letras, Artes, Cien-  
cias y Educación, Mis-  
celáneas y Documentos.

Publicado por

*J. García Monge*

Apartado Letra X  
San José, Costa Rica C.A.

## Revista de las Españas

Órgano mensual  
de la

*Unión Ibero-Americana*

Suscripción:

América y España, un año 15 pts.  
Número suelto . . . . . 3 id.

Calle de Recoletos,  
Nº 10—Madrid

## Revista Hispano-americana

de Ciencias, Letras  
y Artes

Director:

*Juan B. Acebedo*

La correspondencia  
debe dirigirse a José M<sup>o</sup>  
de Gamoueda

Calle de San Agustín, Nº 7  
Madrid, España

## REVISTA ARIEL

Quincenario de Letras,  
Artes, Ciencias y  
Misceláneas.

Director:

*Froylán Turcios*

Tegucigalpa, Honduras

## ORTO

Revista Quincenal  
Ilustrada de Literatura  
y Arte

Directores:

*Juan F. Sariol*

*Angel Cañate Vivó*

Apartado Nº 154

Mauzanillo, Cuba

## PATRIA GRANDE

Órgano de la Federa-  
ción Universitaria  
Hispanoamericana

Revista Mensual

Magdalena 12  
Madrid, España

## Santafé y Bogotá

Revista Mensual

Directores:

*Víctor E. Caro*

y *Eduardo Guzmán*  
*Esponda*

Apartado Nº 541  
Bogotá, Colombia

## PERFILES

Quincenario Ilustrado  
de Literatura, Artes,  
Ciencias y Actualidades

Director:

*Antonio Reyes*

Apartado Nº 434  
Caracas, Venezuela

# FABRICAS DE TEJIDOS DE JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

## ARTICULOS DE ALGODON :

Casinetes — Camisetas — Calzoncillos — Calcetines — Cotín — Chamelote — Driles — Franelas — Hilos — Lienzos — Lonas — Limpiones — Manteles — Medias — Pañolones — Satines — Servilletas — Sobrecamas — Tela afelpada — Tela de guardas para pisos y macanas — Tela para sábanas, manteles y cortinas — Toallas y otros artículos más.

## TEJIDOS DE LANA :

Bayetas — Casimires gran surtido — Cobijas — Franelas — Gualdrapas — Jerga — Ponchos con y sin fleco. — Pañolones enteros y de media hoja — Mantas de viaje, etc. etc.

## BOTONES DE TAGUA :

PRECIOS sin competencia — Calidad Superior. — Tinturas firmes.

## DEPOSITO :

ALMACÉN, CARRERA SUCRE Nº 9.

## AGENCIAS :

EN Latacunga, Ambato, Riobamba, Alausí, Cuenca, Guayaquil y Manta.